

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX

San José, Costa Rica

1934

Sábado 8 de Diciembre

Núm. 22

Año XVI. No. 710

SUMARIO

Lawrence en castellano

El mozo

A propósito de "Lady Chatterley's Lover"

Fragmento

D. H. Lawrence

Enrique Espinoza

D. H. Lawrence

André Malraux

D. H. Lawrence

Ogier Preteceille

¿Quién era D. H. Lawrence?

Día de Mercado

D. H. Lawrence

Noticia de Libros

Retrato de Lawrence

Aldous Huxley

D. H. Lawrence

Waldo Frank

Katherine Mansfield

NUMERO DEDICADO A D. H. LAWRENCE

(Iniciativa y colaboración de ENRIQUE ESPINOZA. Buenos Aires, abril de 1934)

Puede calcularse en un año, más o menos, el tiempo que tarda hoy una obra extranjera de cierto valor en adquirir ciudadanía en nuestro país, o mejor dicho, en nuestro idioma, puesto que una gran parte de las traducciones nos siguen llegando de España.

Este plazo, tan breve, se acorta aún hasta alcanzar la simultaneidad cuando se trata de un libro de interés político o de apatencia popular. Sólo por excepción ocurre lo mismo con la verdadera obra de arte. Pero entonces hay que buscar la causa en alguna circunstancia ajena a la obra misma. Por ejemplo una propaganda equivoca de los editores; la requisita del libro por las "autoridades policiales"; el viaje del autor a nuestro continente; el Premio Nobel o cualquier otro de mucho dinero. Y también, la muerte en el olvido cuando no en la pobreza. En tales casos, se multiplican las ediciones clandestinas de la "última novedad" que generalmente no es la más representativa del autor y que, de serlo, no puede entenderse del todo sin el conocimiento de algunos de sus libros anteriores. Pero estas razones no interesan a los editores que tienen por lema "cualquier negocio referente a papel impreso" y a quienes da lo mismo publicar a D. H. Lawrence que a Mme. Delly.

En verdad, tales editores fomentan interesadamente y muchas veces en complicidad con la crítica, esos malentendidos cuya suma viene a ser la fama, según la profunda sentencia del poeta Rainer Maria Rilke.

El caso del malogrado escritor inglés D. H. Lawrence es bastante ilustrativo al respecto en su forma más vil. La fama de Lawrence en nuestro idioma se debe principalmente a las múltiples ediciones de su última novela: "El Amante de Lady Chatterley".

Lawrence en castellano

Por ENRIQUE ESPINOZA



D. H. Lawrence

Publicada en Florencia en una edición reducida de doscientos ejemplares, el mismo Lawrence no pudo impedir desde un principio las copias clandestinas ni siquiera en los Estados Unidos. Pero mientras allá no pudieron perjudicarle más que materialmente porque sus obras anteriores habían circulado con igual o

mayor profusión, acá perjudicaron del todo su buen nombre convirtiéndolo en el de un pornógrafo vulgar.

Aunque parezca increíble, la traducción publicada en París por la N. R. F. con prólogo de André Malraux, fué retraducida aquí para una revista picaresca

que la editó bajo la consabida faja de "no apta para señoritas". El nombre de Lawrence, desconocido hasta la víspera,—apenas si se habían publicado unas pocas páginas suyas en una revista de escasa circulación—se hizo popularísimo. El Amante de Lady Chatterley que de hecho no podía tener en el idioma de La Celestina el mismo significado que en inglés,—para no mentar otros motivos—se convirtió por industria de los editores en una novela verde, y como tal fué leída por millares y millares de lectores incultos e incapaces de comprenderla en su verdadero sentido.

Estos lectores fueron defraudados, en otro sentido, cuando en el afán de explotar el escándalo los mismos empresarios publicaron hasta la protesta de Lawrence contra sus piratas del Norte, es decir, el folleto con que defendió valientemente la novela que escribiera tres veces con sangre de su espíritu. Por eso, después de una última prueba con "Hijos y Amantes" las ediciones piráticas cesaron con la publicación de algunas novelas menores como "St. Mawr", que fué retraducida asimismo del francés bajo el título de "La Mujer y la Bestia", a pesar de que entre nosotros no se comprende la alusión fabulosa... y menos todavía se acostumbra llamar bestia a un caballo.

Con todo, no se trata de aplicar ahora con más justicia dicho término. Nuestra indignación de aquellos días se halla ya bastante atemperada. Además, lo cierto es que no le faltaron a Lawrence, entre nosotros, intérpretes más fieles y menos interesados. Recordemos en primer lugar a tres mujeres para mayor bochorno de los hombres que se complicaron en el sucio negocio contra Lawrence. Son estas mujeres: la señora Herminia Hallan Hipwell, que publicó en "La Nación" un largo es-

tudio sobre el significado de la obra total de Lawrence; doña Victoria Ocampo que dió una conferencia sobre "El hombre que murió", señalando con raro acierto entre los libros de Lawrence, que más podían interesarnos, no el de dicho título, sino el llamado "Canguro" que luego no más hizo traducir y editar en España; y la señorita María Rosa Oliver, que publicó una noticia escueta sobre Lawrence y trajo a continuación su valiente ensayo sobre el miedo en Inglaterra.

Por nuestra parte, publicamos el mismo ensayo con anterioridad, suprimiéndole la parte final, — un mero ejemplo ilustrativo de carácter freudiano, — justamente para no dar asidero a la leyenda que empezaba a formarse en torno de Lawrence, a través de los ecos periodísticos. En cambio, reproducimos dos estudios bastante completos sobre la vida y obra de Lawrence. Uno del poeta mejicano Enrique Munguía; y otro del escritor español Ogier Preteicelle. También publicamos, el año siguiente, una versión inédita de "El Mozo", de las "Mañanas de México" debida a don Octavio G. Barreda, quien había traducido ya en 1927 "Día de Mercado" del mismo libro (1).

Ahora bien, ¿contrarrestaron todos estos grandes y pequeños esfuerzos, que hemos enumerado a la ligera, la acción nefasta de los editores piratas? En parte, sí. Pero Lawrence continuó siendo para muchos solamente el autor de *El Amante de Lady Chatterley* en el sentido picaresco que les fué presentado. Y es que desde un punto de vista cultural una cosa es poner al alcance de todo el mundo una edición popular de *La Celestina* sobre la que ya pesa un prestigio de siglos, al que no puede escapar ni el lector más ignaro; y otra muy distinta, es inducir a los adolescentes a leer una obra tan moderna como *El Amante de Lady Chatterley* bajo la presión de una faja maliciosa.

A este propósito mostraremos en otra oportunidad qué son las ediciones económicas en todas partes y qué fueron entre nosotros la mayoría de las veces, so pretexto de cultura popular.

Entre tanto, sólo queremos destacar muy especialmente la magnífica edición de *Canguro*, traducida por el escritor cubano Lino Novás Calvo, que lleva de prólogo la ya mentada con-

ferencia de Victoria Ocampo. Esta novela "australiana" tiene, desde luego, muchos puntos de contacto con la realidad esencial de nuestra América, — aunque *the bush* no sea precisamente la manigua. Pero el acierto de su elección está a nuestro juicio, en que dicha novela mejor que ninguna otra de Lawrence, pone en evidencia que el instinto social es más fuerte en el hombre que el instinto sexual. (El autor suscribe estas o parecidas palabras en una carta a Trigant Burrow. Y hay muchos otros testimonios al respecto).

En realidad, Lawrence llamó en 1923 Australia a su propio problema, como lo llamó después México y lo hubiera llamado antes Rusia de haber ido, como eran sus deseos, al país de Lenin y Trotsky.

A lo largo de las quinientas páginas de *Canguro* aparte de las maravillosas descripciones poéticas y de sus impresionantes recuerdos de la guerra en el extenso capítulo titulado "La Pesadilla", Lawrence plantea la cuestión social desde el punto de vista de los *leaders*; pero en casi todos sus aspectos.

A fin de refutarse a él mismo, que aparece en la novela bajo el nombre de Richard Lovat Somers, traza desde lo más íntimo una robusta contrafigura suya en William James Trewella. William James es también de Cornualles y hasta conserva el acento *cornish* en Sidney.

Entre ellos — dice Lawrence — había un extraño lazo de simpatía, diferente al que unía a Somers y Jack o Somers y Canguro. Apenas era simpatía: era una especie de vieja comprensión radical.

Sería interesante estudiar la dialéctica de Lawrence a través de todos estos personajes y especialmente del judío Benny Cooley y del socialista Willie Struthers, de tan permanente actualidad. Sobre el puro desinterés del primero, Lawrence hace de pasada una profunda observación basada en su amistad real con un judío (Koteliensky?), aunque luego cae en el lugar común al referirse a Marx. Pero no entra en el propósito de esta nota hacer un análisis detenido de *Canguro*, sino destacar el extraordinario volumen publicado en nuestro idioma por "Sur", dejando a un lado los peque-

ños deslices de interpretación. Ojalá la misma revista nos ofrezca pronto una edición semejante de "La Serpiente Emplumada", mientras nosotros preparamos en forma más modesta, las "Mañanas de México" con prólogo de Alfonso Reyes (2).

Sólo la incorporación de lo mejor de la obra de Lawrence de modo responsable y sistemático, disipará de una vez para siempre el eco gratuito de su fama, permitiendo su verdadera comprensión al público y no a unos pocos, pues, para eso bastarían las ediciones originales o las traducciones francesas.

Cuanto a los estudios que pueden ayudar a la comprensión de tan curiosa personalidad, aparte de los ya citados más arriba, se publicaron últimamente en nuestro idioma algunas páginas muy valiosas de Aldous Huxley y Jean Guehenno. No se ha escrito ni vertido hasta ahora en español ningún libro sobre la vida y obra de Lawrence. Sería sin duda prematuro. Porque uno puramente biográfico como el primero de Stephen Potter no tiene bastante interés; y uno interpretativo desde un punto de vista determinado, como el último de Horace Gregory, no puede hallar eco mientras no se conozca en nuestro idioma toda la obra de Lawrence o buena parte de ella.

La coincidencia de haberse traducido hasta ahora en castellano las mismas obras que en francés, puede tomarse, quizá, como una falta de traductores directos para repensar en nuestro idioma "The Rainbow" o alguna otra de las grandes novelas de Lawrence. Nada más injusto. Hay en nuestro país y en todos los países de lengua española buenos traductores del inglés. Faltan en cambio, empresas desinteresadas que sepan apreciarlos o son muy pobres las dos o tres que hay para retribuirles su trabajo con regularidad. No sabemos, por ejemplo, de ningún escritor argentino a

quien se le haya hecho posible traducir durante un par de años la parte nativa de la obra de Hudson; pero si nos consta que el más indicado para ello se ha visto durante toda una década obligado a traducir numerosas obras que no le interesaban. Sin embargo, la verdad es que solo se puede traducir definitivamente a un escritor con quien se tiene cierta afinidad espiritual y no meros intereses editoriales comunes. De ahí que no se pueda dejar librado al criterio comercial de los buscadores de éxito la incorporación de un autor tan representativo como Lawrence.

Waldo Frank que puso en contacto espiritual a Lawrence con su América, en 1917, desde su revista *The Seven Arts*; y que lo recuerda en algunas de sus obras, escribió a la muerte del gran escritor para la revista *Adelphi*, de Londres, una breve nota de dos páginas que traducimos especialmente para el "Repertorio".

Después de sostener que Lawrence vivió preso en una transición y que luchó con frenesí para incorporarse enteramente al mundo verdadero, cortando sus ligaduras con el otro, desintegrado, que lo retenía, Waldo Frank concluye lapidariamente:

"Lawrence se esforzó en alcanzar la totalidad y siempre fracasó y siempre estuvo violento y exacerbado por sus fracasos. Estos fracasos son su vida y son sus libros".

Por ellos, precisamente, — sus fracasos y sus libros — Lawrence es el novelista más representativo de nuestro tiempo. Quería marchar con los hombres y que los hombres marcharan con él. No le hacía ascos a la tarea previa y fundamental y hablaba de la píldora amarga que los abogados del espíritu puro debían tragar... Ya en sus primeros versos había cantado:

*I am a man to plough
The difficult glebe of the future...*

A pesar de la mujer todopoderosa que lo retenía en el presente, Lawrence consiguió muchas veces entrever su mejor propósito: "Abrir alguna brecha, alguna especie de camino hacia el mañana".

El tiempo dirá si lo ha de conseguir también en nuestro idioma.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

—:—

Apartado 338

(1) En Santiago de Chile, donde casi todas las ediciones locales de Lawrence fueron reproducidas, se publicaron también varios de sus cuentos. Pero sólo merece mención "El Zorro", con prólogo de su traductor D. Oscar Vera.

(2) Después de escrita esta nota apareció en las ediciones "Sur", traducida por Eduardo Uribe, otra novela de Lawrence: "La Virgen y el Gitano".

El mozo

Por D. H. LAWRENCE

— De Trepalanda, un colectivo porteño. Buenos Aires. Traducción de O. G. Barreda. —

Rosalino realmente forma ya parte de la casa, aunque apenas tiene dos meses con nosotros. Cuando fuimos a contratar el lugar, le vimos rondando por el patio y mirando solapadamente a través de sus cejas. Rosalino no es uno de esos pequeños pero erguidos indios que nos clavan por largo tiempo su mirada negra, incomprensible y un tanto retadora. Quizá porque corra en sus venas, mezclada, otra clase de sangre india diversa a la zapoteca. O sencillamente porque él sea diferente al resto de los de su lugar, con esa especie de sensibilidad, de aislamiento y solitud, propias de todo hijo nacido de madre. Hasta la manera de inclinar la cabeza y mirar de soslayo a través de sus pestañas negras, receloso y recelando, siempre cauteloso en sus actos, como si de improviso fuera a ser víctima de un ataque violento. No la insolente y dura mirada de la mayor parte de los indios, que dan la impresión de nunca haber nacido de madres.

Las diosas y los dioses aztecas son, tan pronto como sabemos algo de ellos, una partida de seres desagradables y odiosos. En sus mitos no hay nada de delicadeza, de gracia, de poesía. Sólo un perpetuo gruñir, un gruñir, un gruñir interminable, un dios gruñiendo a otro, los dioses a los hombres, éstos a los animales. La diosa del amor es un horror, conedora de suciedad, sin ninguna nota de ternura. Y si el dios la requiere de amor, ella no hace más que tenderse frente a él, bramante y accesible.

Y después, cuando concibe y da a luz, ¿cuál es el fruto? ¿Qué es el niño dios que ella alumbró? ¡Adivinad, adivinad, vosotros todos, alegres y triunfantes!

Mas no podríais.

¡Un cuchillo, un puñal de piedra!

Un filosísimo cuchillo de pedernal verdinegro, el cuchillo de cuchillos, el verdadero Paraclete de los cuchillos. El cuchillo de los sacrificios con el que el sacerdote abre el pecho de sus víctimas, para arrancarles el corazón y ofrecerlo humeante al sol. Y el Sol, el Sol detrás del sol, habrá de libar ávidamente ese corazón con insaciable sed.

Esta es, también, una bella víspera de la Natividad. ¡Mirad, la diosa se ha recostado para dar a luz! ¡Mirad, vosotros! ¡Esperad el nacimiento del salvador, que la esposa de un dios va a ser madre!

¡Terumm-tará! ¡Tarumm-tará!, gritan las trompetas. ¡El niño ha nacido! ¡A nos un hijo nos es dado! ¡Traédlo y colocadlo en ese delicado cojín! ¡Mosttradlo al pueblo! ¡Ved, ved! ¡Vedlo sobre el cojín, acabado de nacer, dormidito! ¡Ah, qué bello! ¡Oh, qué hermoso, oscuro y liso y agudo cuchillo de piedra!

Y todavía hoy, la mayor parte de las indias mexicanas parecen parir cuchillos de piedra. Observad a estos hijos

de incomprensibles madres, con sus ojos negros de pedernal, y sus menudos y tiesos cuerpecillos semejantes a erectos y agudos puñales de obsidiana. Pero tened cuidado de que no os vayan a destripar.

Nuestro Rosalino es una excepción. Tiene caídos un poco los hombros, y es también un poco más alto que los indios de aquí. Medirá aproximadamente cinco pies y cuatro pulgadas. Y no tiene tampoco esos penetrantes ojos de obsidiana. Sus ojos son más pequeños, quizá más negros, como los rápidos y negrísimos ojos del lagarto. No tienen la mirada fija de obsidiana. Como que se dan cuenta de que existe otro ser, aunque desconocido, en el otro extremo de la mirada. He aquí por qué agachan la cabeza con un ligero temor, como tratando de cubrir su vulnerabilidad.

Generalmente, esta gente no trata de relacionarse con uno. Para ellos, el hombre o la mujer blancos son una especie de fenómeno; algo para observar, y maravillarse, y reírse de ello, pero nunca para considerarlo al mismo nivel de uno. El hombre blanco es algo así como un extraordinario mono blanco que, con astucia, ha aprendido multitud de trampas y secretos semi-mágicos del universo, y se ha hecho dueño y señor del mismo. Imaginad una raza de grandes monos blancos caminando con vestimentas fantásticas, y capaz de matar a un hombre solamente con silbarie; capaz de saltar en el aire a grandes trancos, cubriendo una milla en cada salto; capaz de transmitir sus pensamientos en un momento de concentración a otro enorme mono blanco, o mona blanca, distante miles y miles de millas: y tendréis, al menos así lo creo, una ligera imagen de la que los indios tienen de nosotros.

El mono blanco sabe infinidad de trampas y tiene cosas verdaderamente curiosas. Conoce, por ejemplo, el tiempo. Para el mexicano, y el indio, el tiempo es una vaga y confusa realidad. Hay sólo tres tiempos: en la mañana, en la tarde, en la noche. Ni siquiera el mediodía, ni el anochecer.

Pero para el mono blanco—cosa horrible de relatar—existen exactos momentos de tiempo, tales como las cinco

en punto, las nueve y media. El día es una terrible complicación de exactos momentos de tiempo.

Lo mismo con la distancia: terribles distancias invisibles llamadas dos millas, diez millas. Para los indios, sólo hay cerca o lejos, o muy cerca o muy lejos. Dos o un día de camino; pero dos millas pueden ser veinte para él, ya que sólo se guía por sus sentimientos, sus impresiones. Así, si dos millas le parecen lejos, entonces está lejos, está muy lejos. Mas si otras veinte millas las siente cerca, y las conoce, entonces no está lejos. ¡Oh, no. Está tras lomita! Y os pondrán en marcha, al atardecer, sin el menor escrúpulo de conciencia, a sabiendas de que la noche os caerá en plena sierra. No está lejos.

El hombre blanco tiene una horrible, verdaderamente horrible pasión por las medidas invisibles. Mañana, para el nativo, puede significar mañana mismo, o tres días a partir de hoy, o seis meses, o nunca. No hay puntos fijos en la vida, a no ser el nacimiento, y la muerte, y las fiestas. Los puntos fijos del nacimiento y de la muerte pronto se borran y convierten en una vaga y lejana idea. Y las fiestas, las fijan los sacerdotes. Desde tiempo inmemorable éstos han fijado siempre las fiestas, los festivales a los dioses, y los pobres mortales no han vuelto a tener nada con el tiempo. ¿Pero qué cosa pueden tener con el tiempo?

Lo mismo pasa con el dinero. Estos centavos y estos pesos, ¿qué significan, después de todo? Pequeños discos sin ninguna gracia. Los indios persisten en usar monedas ficticias, invisibles, no existentes más aquí—los reales, las pesetas. Si compráis dos huevos por un real, tenéis que pagar doce centavos y medio. Y como la mitad de un centavo no existe, vosotros o el vendedor tiene que perder lo no existente.

Lo mismo con la honradez; lo meum y lo teum. El hombre blanco posee una horrible manera de recordar, hasta un centavo, o una copa de mezcal. ¡Horrible! El indio, a mi modo de ver, no es ladrón de naturaleza. Ni tampoco nace avaro, y ni siquiera tiene una innata codicia. En esto difiere grandemente de los viejos habitantes del Mediterráneo para quienes la posesión tiene un sentido místico, un lueur de magia.

No así para el verdadero mexicano. No le interesa. Más aún: no le gusta ahorrar dinero. Su condición, su instin-

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **“Selecta”**

No hay nada más agradable
ni más delicioso.

Es un producto **“Traube”**

to es el de gastarlo inmediatamente, para no verse en el caso de necesitarlo. En realidad, no quiere guardar nada, ni siquiera su mujer, o sus hijos. Nada que entrañe una responsabilidad. Limpio, limpio, limpio del pasado y del futuro; dejar limpio el momento del presente sin complicaciones. La memoria limpia la previsión, las preocupaciones; dejar únicamente el momento, rígido y agudo y sin conciencia, como el puñal de obsidiana. Lo antes y después son carne de la conciencia. Sólo el momento del instante, siempre afilado por el olvido, a la manera del puñal del sacrificio.

Mas el gran mono blanco tiene las llaves del universo, y el mexicano de ojos negros tiene que servirle, a fin de poder subsistir.

Además, tiene que aprender las trampas y prestidigitaciones del mono blanco: división del día, monedas reales, maquinillas que funcionan en un segundo, trabajo sin sentido pero que es pagado con exactitud, en moneda exacta y constante. Un mundo de vicios y virtudes de monos. La caridad, extraña virtud de micos, blancos micos husmeando por todas partes con el pretexto de **ayudar**, de **salvar**! ¿Puede haber juego de manos más artificial que éste? Y cómo lo usan los grandes monos blancos.

Si un indio es pobre, dice al otro: No tengo qué comer. Al instante el otro da al hambriento un par de tortillas. Esto sí que no es una prestidigitación, ningún brillante juego de manos. Pero cuando el mono blanco llega, examina la casa, a la mujer, a los niños, y dice: Su niño está enfermo.—Sí, señor.—¿Qué curaciones le han hecho? — Ninguna. ¿Hay qué hacerle algo?—Sí; aplicarle una cataplasma. Voy a enseñarle cómo.

Y qué cosa tan divertida la preparación de la masa caliente que deberá untarse al niño. Como resanar una pared con lodo. Pero, ¿por qué dos veces? Dos veces ya no es diversión. El niño se morirá. Después de todo, seguramente que se irá al cielo. Nada mejor para el pobrecito. Esa ha de ser, sin duda, la voluntad de Dios, la de que sea otro lindo angelito entre las rosas del cielo. ¿Qué cosa mejor?

¡Oh, qué molesto el mono blanco con eso de la salvación, untando aceite al niño, y aplicándole cataplasmas, y obligándonos a darle medicina en una cucharada tres veces al día: por la mañana, por el mediodía, por la noche. ¿Por qué en la mañana, o al mediodía, o en la noche? ¿Por qué no a cualquiera hora, a ratos? ¡Se morirá mañana si usted no hace esto hoy mismo! Pero mañana será otro día, y por hoy el niño no ha muerto: y si muere luego, en otro día, será indudablemente porque ese día no está por ahora a nuestro alcance, en nuestras manos...

¡Oh, los aburridos, los exactos monos blancos, con sus ayeres y hoyes y mañanas! Mañana es siempre otro día, y ayer es parte del circundante nunca más. ¿Por qué pensar fuera del momento actual? Y cuando está pasando el momento actual, cuando estamos dentro de él, ¿acaso podemos entonces pen-

sar? ¿Por qué, pues, pretender pensar? Ese es otro de los juegos, de las trampas del mono blanco. Innegable que es un animal inteligente. Pero es feo, y su carne blanca es repugnante. Nosotros no somos tan feos ni tenemos caras torcidas, y nuestra carne es ardiente y morena. No nos importa tener que trabajar para el mono blanco. Sus tretas y combinaciones nos sirven de distracción. Hay tantas maneras de divertirse, que no nos importa estar a su servicio en tanto él pueda divertirnos, o mientras el diablo no nos tienta y no nos haga ver a esos monos blancos dominándonos para siempre, mecánicamente, en ese incesante tic-tac del trabajo diario. Verles explotando nuestro sudor, nuestro dinero y, para colmo, robándonos nuestras tierras, y hasta el aceite y el oro de nuestros suelos.

Así lo hacen. Así lo han hecho siempre. Porque no lo pueden evitar, porque está en su sangre. Porque el saltamontes no hace más que saltar, y la hormiga llevar basurillas, y el mono blanco ir y venir en un perenne tic-tac, tic-tac; hacer esto, aquello; tiempo para pasear, tiempo para trabajar, tiempo para comer, para beber, para dormir, para caminar; tiempo para lavar, tiempo para parecer sucio, tic-tac, tic-tac, tiempo, tiempo, ¡tiempo! ¡Oh, cortémosle la nariz, y que se la trague!

Porque el momento es incambiable, como el cuchillo de obsidiana; y el corazón del indio es cortante como el momento que divide el pasado del futuro y sacrifica a ambos.

Para Rosalino, las combinaciones y juegos del mono blanco son divertidos también. Está listo para trabajar con los monos blancos, aprender algunos de sus secretos, ese lenguaje de micos que se llama español, sus maneras de trabajo, sus insistentes tic-tacs. Trabaja por cuatro pesos al mes, y alimentos: unas cuantas tortillas. Cuatro pesos son dos dólares americanos, o aproximadamente nueve chelines. Posee dos camisas de algodón, dos pares de pantalones de calicó, dos blusas, una rosa de algodón, y otra de flanela oscura, y un par de sandalias. También un sombrero de palma, que ha enrollado hacia arriba, por el frente, para semejar más airoso, y un viejo y corriente sarape que alterna a veces con una manta de burda lana a cuadros y con fleco. **Et prætere nihil.**

Su deber es levantarse muy temprano y barrer y regar el frente de la casa. Luego, barrer y regar también los anchos balcones de azulejos, y golpear las sillas con una especie de plumero hecho con finas palmillas. Después de lo cual

sigue a la cocinera—de clase muy superior, nieta de español, y a quien Rosalino tiene que hablar de **señora**—por las calles llevando la canasta de compras. De regreso, barre todo el patio, recoge las hojas secas y basuras, llena un cesto, echa éste sobre sus hombros, y sujetándolo con una banda que pasa por su frente, comienza a trotar—verdadera bestia de carga—hacia el basurero que está al lado de uno de los caminitos que parten del pueblo. Cada caminito sale del pueblo entre montones de desperdicios—extrañas avenidas de desperdicios brillando al sol.

Al regresar, Rosalino riega todo el jardín y humedece nuevamente el patio. Esto le toma casi toda la mañana.—Por la tarde, se sienta ya sin mucho qué hacer. Si ha soplado viento o ha hecho mucho calor, como a las tres comienza nuevamente a recoger las hojas y a regar por todas partes con una vieja regadera de hoja de lata.

Después, se retira al cubo de la entrada, al zaguán, por cuyas enormes puertas y suelo empedrado puede pasar fácilmente una carreta de bueyes. El zaguán, es decir, el cubo, es en realidad su casa. En un rincón del mismo hay una pequeña banca de madera, como de cuatro pies de largo por unas dieciocho pulgadas de ancho. Sobre esa banca, él se acurruca y duerme, vestido, envuelto únicamente en su viejo sarape.

Pero esto es anticiparnos. En la oscuridad del zaguán, se pasa largas horas con la nariz pegada a un texto de escuela: está aprendiendo a leer y escribir. Ya puede leer un poquito, y escribir otro tanto. Ha llenado una plana con escritura: muy bien. Pero mi sorpresa es indescriptible al descubrir que lo que ha escrito son unos versos, unos versos de amor, con el clásico **no puedo olvidar y voy a cortar**—la rosa, por supuesto. Los ha escrito a renglón seguido, no en forma de poema, sin mayúscula ni puntuación alguna; sólo una larga cinta de palabras ensartadas, una genuina plana de escritura de punta a punta. Al leer yo en voz alta algunas de las líneas, se tuerce y ríe anegado de confusos sentimientos. Y de lo que ha escrito seguramente no ha entendido casi nada, quizá sólo una pequeña parte repitiendo el resto de memoria a la manera de un papagayo. En realidad, lo que quería eran palabras, únicamente palabras, sonidos, ruidos: esa serie de ruidos que se llama castellano. Exactamente como un papagayo.

De las siete a las ocho, va a la escuela nocturna, a llenar un poquito más de la plana de escritura. Ha estado asistiendo desde hace dos años. Y si continúa otros



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

dos más, posiblemente hasta entonces podrá leer o escribir cinco o seis frases inteligibles: aunque en español, idioma tan extraño para él como el indostán para un niño campesino de Inglaterra. Y cuando haya aprendido realmente ese tanto de español, y ya pueda leerlo y escribirlo de corrido, si así pudiéramos llamarlo, regresará a su aldea—dos días de jornada a pie entre las ondulaciones de la sierra—y, a su debido tiempo, nada difícil será que llegue a **alcalde**, o **cacique** de su pueblo, responsable del gobierno. Si logra lo primero, recibirá apenas un salario insignificante; pero lo importante es la gloria: ser capaz de mandar.

Tiene un **paisano**, un hombre de su mismo pueblo, con el que duerme en el zaguán, para guardar la casa. Quienquiera que pretenda entrar a ésta o al patio, forzosamente tiene que pasar por las enormes puertas. No hay otra entrada, ni siquiera del tamaño del ojo de una aguja. Las ventanas a la calle están fuertemente abarrotadas. Cada casa es en realidad una pequeña fortaleza. La nuestra consiste en dos bloques, de dos cuadros, con un patio cada uno. Los árboles y las flores, en el primer bloque, así como las dos alas de las habitaciones. Y en el segundo patio, las gallinas, las palomas, los conejillos de Indias, y una cazuela o bandeja enorme de barro, llamada **apaxtle**, en donde los criados pueden bañarse, como gallinas en un plato.

Pasadas las nueve y media de la noche, Rosalino ya se encuentra acostado en la banca, muy acurrucado y envuelto en su sarape, con su par de sandalias—**huaraches**—en el suelo, al pie de su improvisada cama. Casi siempre se quita sus huaraches antes de acostarse. Esa es toda su preparación. En otro rincón, envuelto todo, la cabeza inclusive, como una momia, en su delgado y viejo sarape, el **paisano**—un muchacho de veinte años—se encuentra profundamente dormido sobre las frías piedras. Y a una altura de más de mil quinientos metros, no es raro que las noches sean frías.

Generalmente a esta misma hora, todos los moradores de la casa ya se encuentran recogidos. Si alguno llega tarde, tiene casi que derrumbar la puerta a golpes. Es difícil despertar a Rosalino. Hay necesidad de acercársele, y hablarle. Sólo así despertará. Pero mucho cuidado con tocarle; se espantaría terriblemente. A nadie se le toca desprevenido, si no es para robarle o asesinarle.

"Rosalino, Rosalino, están tocando!"

Al fin se agita y levanta un extraño, un aturdido y completamente extraviado Rosalino. Y como sonámbulo, apenas recuerda levantar el travesaño. Difícil de adivinar dónde estaba, y qué hacía, en su sueño, viéndole levantarse tan extraño, tan salvaje y extraviado.

La primera vez que tuvo que hacer algo por mí, fué cuando llegó el carro que traía parte de mis muebles. Ahí estaban Aurelio, el **mozo** enano de nuestros amigos, y Rosalino, y el hombre que conducía el carro. Hubo, sin embargo, necesidad de traer un **cargador**. "Ayú-

delos", dije a Rosalino. Pero él se retiró, murmurando un "No quiero".

Este hombre será un estúpido, pensé. Seguramente creará que este trabajo no es digno de él, o quizá tenga miedo de romper los muebles. Dejémosle, pues.

Ya instalados, Rosalino parecía gustar de hacer toda clase de cosas para nosotros, de servirnos. Indudablemente deseaba aprender los secretos de los monos blancos. Y desde que comenzamos a alimentarle con nuestras propias comidas, y él a probar por primera vez en su vida verdaderas sopas, buenos guisados, o huevos fritos, parecía encantado de hacer todo y hasta de ayudar en la cocina. Llegaba a nosotros con ojos gozosos: "Gracias por la sopa, señor"—y soltaba una rara y nerviosa risilla.

Nos acompañó el día que fuimos a Huayapa, un domingo, y estuvo muy contento. Pero de regreso, en la noche, permaneció mudo en su banca—y no era que estuviese realmente cansado. La tristeza del indio, que cae sobre ellos como negra niebla de ciénaga, había caído sobre él. No me llevó el agua—y dejó que yo la llevara.

El lunes por la mañana, la misma tristeza, negra, de reptil, y un no sé qué de odio. Ese día nos odiaba. Esto era para dejar a uno perplejo, sobre todo por su alegría del día anterior. Era sin duda la reacción, el contraste. No se perdonaba el haberse sentido libre y feliz en medio de nosotros. Había comido de lo nuestro, al igual que nosotros, huevos cocidos, sandwiches de sardina y queso; había bebido en la **taza** de la cáscara de naranja, que tanto le gustaba. Además, le compramos una limonada **gaseosa**, de regreso, en San Felipe.

Y ahora, la reacción. El cuchillo de obsidiana. Había estado feliz, **por lo tanto** estábamos planeando algo contra él. Seguramente teníamos un péfido proyecto—intrigas de monos blancos—contra él; queríamos, sin duda, llegar hasta su **alma**, y atormentarle con el mal del mono blanco. Queríamos llegar hasta su corazón, ¿no era verdad? Pero su corazón era de obsidiana.

Nos odiaba, y parecía despedir un negro vapor de odio que inundaba todo el patio, y nos asfixiaba. No vino a la cocina, ni trajo otra vez el agua. Había que dejarle solo.

El lunes, a la hora del almuerzo, nos dijo que había decidido separarse. ¿Por qué? Dió el pretexto de que quería regresar a su pueblo.

¡Muy bien! Mas tendría que esperar unos días hasta que encontráramos un sustituto, otro mozo.

Sus ojos negros despidieron un ful-

gor de un profundo, de un profundísimo odio.

Toda la tarde permaneció sentado, sin movimiento alguno, en su banca, anegado en ese aletargamiento y tristeza y profundo odio de los indios. Al anochecer, se animó un poco y dijo que posiblemente se quedaría, por lo menos hasta la Semana Santa.

Martes por la mañana. Más aletargamiento y tristeza y odio. Quería partir inmediatamente para su pueblo. ¡Perfectamente! Nadie pensaba detenerle contra su voluntad. Además, no sería difícil encontrar otro mozo inmediatamente.

Se puso imposible en ese estúpido aletargamiento de tristeza y odio—un odio tan formidable que llegaba hasta causar náuseas.

Martes por la tarde, y ya pensaba en quedarse.

Miércoles por la mañana, y quería irse.

Muy bien. Se hacían investigaciones; un nuevo mozo vendría el viernes por la mañana. Todo estaba arreglado.

El jueves era día de fiesta. Podríamos, entretanto, ir al mercado: la Niña—es decir, la señora—yo, y Rosalino con la canasta. Le gustaba ir al mercado con sus **patrones**. Le daríamos dinero y le encomendaríamos la compra y regateo de las naranjas, de las pitahayas, de los huevos, hasta de un pollo, o cosas por el estilo. Esto sencillamente le encantaba. Se desesperaba vernos comprar sin regatear, y pagar precios exorbitantes.

Le veíamos regatear desde lejos, casi en silencio, murmurando oscuros vocablos. Se tardaba algo, pero lograba más cosas que la misma Natividad, la cocinera. Y regresaba a nosotros triunfante, lleno de provisiones y poco dinero gastado.

Con esto, por la tarde, decidía quedarse nuevamente con nosotros. La tensión parecía comenzar a decrecer.

Es un hecho que cuando los indios se encuentran, por cualquier motivo, en las ondulaciones de un terreno, de una sierra, les invade de pronto una especie de irresistible atracción, nostalgia por sus pueblos. Rosalino no había salido de la ciudad desde hacía dos años. Así, pues, encontrándose de repente en Huayapa, en una verdadera aldea india en plena sierra, la tristeza del indio, esa tétrica nostalgia, seguramente hubo de caer sobre su espíritu. Mas cosa extraña: estuvo todo el día de magnífico humor, como nunca, hasta que llegamos a la casa.

Además, la Señorita había tomado una fotografía de él. Estos indios se vuelven locos porque se les retrate. Le dió un sobre y una estampilla para que

LA COLOMBIANA
SASTRERIA DE
F. A. GOMEZ

Le ofrece Vestidos de Casimir de primera clase

¢ 1.25 ¢ 2.50 ¢ 10.00

ABONOS SEMANALES o MENSUALES

y al contado — Precio y trabajo que no admiten competencia. Acabamos de recibir un surtido de casimires en estilos modernos. Atendido por su propietario que es lo más competente en el ramo.

Teléfono 3283 - Frente al Siglo Nuevo

le enviara la fotografía a su madre. Porque en su pueblo vivían su vieja madre viuda, un hermano, y una hermana casada. La familia poseía un pedacito de tierra, con unos cuantos naranjos. Las naranjas más ricas de la sierra, porque es donde hace más fresco. Al ver las fotografías, la madre, que había olvidado totalmente al hijo, de pronto, como si le hubiera estallado un cohete dentro su pecho, quiso verle; al momento. Y así, un urgentísimo mensaje.

Pero para esto ya era miércoles por la tarde. Llegó un sujeto vestido de blanco y riendo con artificialidad. Era el hermano que venía de la sierra. Vaya, pensamos, Rosalino ya tendrá quien lo acompañe. El viernes, después de la fiesta, sin duda que partirá.

El jueves, todavía nos acompañó con la canasta a la fiesta. Regateó las flores, un sarape que no pudo esta vez conseguirnos, un jícara labrada que sí consiguió, y varios juguetes. El, la Niña y la Señorita comieron de una gran rebanada de pan cubierto con azúcar. La canasta pesaba mucho. Sin que nadie le hubiera invitado, se presentó el hermano, que acomodó a llevar la gallina y las cosas que sobraban. Felicidad general.

Rosalino estaba nuevamente contentísimo. No quería ya partir el viernes: ni nunca. Quería permanecer con nosotros y que le lleváramos a Inglaterra cuando tuviéramos que marchar.

Nueva visita pues al amigo, al amigo mexicano que nos había conseguido el otro mozo. Ahora para avisar, a última hora, que no. La cosa de siempre.

En la visita, ese amigo nuestro, que conocía a Rosalino desde que llegó de su pueblo, cuando todavía no hablaba español, nos contó algo de su vida.

En la última revolución—hacía apenas un año—los revolucionarios del partido que iba triunfando, necesitaban más soldados de la sierra. El alcalde del pueblo fué encargado de reclutar más jóvenes y enviarlos al cuartel de la ciudad. Rosalino fué uno de los escogidos.

Pero Rosalino rehusó y dijo su famoso ¡No quiero! Era uno de los que, como yo, tienen un profundo horror por servir en masa, y hasta de ser mezclados en una multitud. Rehusó obstinadamente. Mas los soldados encargados de la recluta le golpearon con los fusiles hasta dejarle tendido inconsciente, aparentemente muerto.

Después, no obstante necesitársele para el triunfo de la "causa", decidieron dejarle por inútil, a causa de su espalda lastimada. Y esta era la razón de su temor de cargar muebles, y de ser agarrado nuevamente.

Cosa peor había acontecido con el diminuto Aurelio, el amigo del mozo, aquel delgado y anémico muchacho cuya estatura no llegaba a cuatro pies y seis pulgadas. El, también, era de la sierra. En su pueblo, un primo suyo

proporcionó no sé qué información al grupo de revolucionarios que perdía. El primo, sin embargo, logró desaparecer oportunamente.

Pero en la ciudad, el lado triunfador tomó a Aurelio, por ser primo del delincuente. A pesar de ser el fiel servidor de un extranjero, fué encarcelado. Y como es cosa sabida, las autoridades no alimentan a los prisioneros. Amigos o parientes les llevan de comer; de lo contrario los pobres presos enflaquecen mucho, muchísimo. Aurelio tenía una hermana casada en la ciudad, pero que tenía un miedo terrible hasta de acercarse a la prisión, por temor de que la encarcelaran a ella y a su marido. El amo de Aurelio, compadecido, enviaba, con un cesto, a su nuevo mozo dos veces al día a la prisión—esa enorme prisión, desproporcionada para una ciudad de unos cuantos miles de habitantes—en tanto él luchaba con las "autoridades"—los amigos del pueblo,—para obtener la libertad de Aurelio. Imposible de lograrla.

Un día, el nuevo mozo llegó a la prisión para encontrarse que Aurelio no estaba. Un soldado complaciente le dió el mensaje que Aurelio había dejado: "Adiós, patrón. Me llevan". ¡Oh, terribles palabras! "Me llevan". El patrón corrió a la estación: el tren había partido, con el diminuto y heroico mocito, hacia el misterio.

Meses después, Aurelio reapareció. En harapos, macilento, y con la garganta hinchada hasta las orejas. Le habían llevado hasta el Estado de Veracruz, doscientas millas de distancia. De un árbol le colgaron, con una cuerda de nudo fijo alrededor del cuello, y le dejaron meciéndose al viento por horas. ¿Con qué objeto? Para obligar al primo a

presentarse y salvar al pariente: y poner su propia garganta en el lazo corredizo. Para hacer confesar al inocente muchacho: pero, ¿confesar qué? ¡Si todos sabían que era inocente! De todas maneras, había que dar un castigo ejemplar; había que enseñarlos para la próxima vez. ¡Ah, cristiana enseñanza!

Aurelio escapó, internándose por las montañas. Con una tenacidad extraordinaria, este pedazo de hombre caminó millas y millas, viviendo apenas con las tortillas que mendigaba en los pequeños poblados, hasta encontrar, macilento, con la garganta horrorosamente hinchada, a su viejo amo que le aguardaba, y a un nuevo "partido" en el poder. Más amigos del pueblo.

Pero mañana es otro día. El patrón le cuidó y curó bien, y Aurelio es ahora un muchacho sano, muy fuerte, y con dos ojos grandes y negros que por el momento confían más en un extranjero que en uno de los de su propia raza. Un enano de estatura, pero perfectamente bien hecho, de magnífica musculatura. Y muy inteligente, mucho más rápido e inteligente que Rosalino.

¿Habrá por qué extrañarse de que Aurelio o Rosalino, cuando ven pasar un pelotón de soldados marchando hacia la prisión, llevando en medio a un pobre prisionero—espectáculo que se ve casi a diario—se queden por un momento inmóviles y fijen la mirada como oscurecida por un vago terror, y después vuelvan la cabeza hacia sus patrones para ver si hay todavía en ellos un último refugio?

¡No ser apresados! ¡No ser apresados! Este habrá sido el tema predominante del México indio, desde mucho antes que Moctezuma arrastrara sus prisioneros a la piedra de sacrificios.

A propósito de "Lady Chatterley's Lover"

Por ANDRÉ MALRAUX

— De Sur. N.º 1. Buenos Aires. Primavera de 1931. —

Una vez terminado su manuscrito Lawrence dejaba al cuidado del editor o sus colaboradores el suprimir aquello que el espíritu público no podría soportar: no es el primer novelista de su país sin saber que debe contarse con la tontería humana. Pero el llamamiento del dolor físico, el anuncio repetido de la muerte habían de concentrarle enteramente en su voluntad de escribir y de publicar, antes de morir, el libro de David Herbert Lawrence. Ese hombre que camina hacia la nada afirma que se mostrará desnudo—sin máscara por esta vez—y sexuado.

¿Qué es un libro erótico francés? Una colección de figuras, un arte de perfeccionar los "medios del amor"; o un diálogo entre el autor y él mismo. El hecho de que Restif, tan hábil y tan voluptuoso frente a la violación de la Señora Parangon, en una novela, se muestra tan necio en sus obras clandestinas, puede parecer singular; es que para él

como para todos los autores escabrosos, el erotismo no tiene nada que ver con el personaje, con el individuo. La descripción de los gestos sexuales es, en sí, excitante. Esto ¿fué alguna vez cierto? Pasada la sorpresa—y esas obras se parecen al infinito—resulta hoy falso. Si tantos escritores prefieren la ficción a la expresión abstracta, es que una sensación traducida en sus caracteres generales es mucho menos impresionante que experimentada por un personaje; y es tanto más fuerte cuanto el personaje es más individualizado. El modelo del libro erótico de nuestra época sería un suplemento a *Le Rouge et le Noir*, donde Stendhal nos dijese de qué forma Julián se acuesta con Madame de Renal y con Mademoiselle de la Mole y la diferencia de placeres que experimentan.

Libro muy poco inglés. La familiaridad de los franceses y de los italianos con el erotismo les lleva, ya sea a considerarlo como una técnica, o bien a so-

meterlo a otras pasiones, a la vanidad especialmente—de ahí el sutil sadismo de *Les liaisons dangereuses*. La maestría de un héroe de Nerciet respecto a sus sensaciones, de un Valmont sobre las de sus compañeros, les coloca en extremo opuesto de Lawrence para quien la conciencia exaltada de la sensualidad debe llegar a ser la expresión misma del individuo. “¿Cuál es el valor de la sexualidad?” A esta pregunta responde por la voz de todos sus personajes. No se trata de saber si es inmoral, sino de saber si tornará más grave a la humanidad.

Podemos cuidar con ternura algunas de nuestras sensaciones, vivir en familiaridad con ellas o, por el contrario, arrojarlas a la vida subterránea: sin duda Babilonia daba al sexo lo que nosotros damos al acto. Esta elección determina en definitiva el color de nuestra civilización y de nuestra vida. Pero al extremo de la conciencia individual sería no tanto cumplir solamente actos personales como el cumplir conscientemente todos esos actos. Dueños o no de nuestro erotismo podemos dominarlo si lo concebimos y lo aceptamos. Si lo aceptamos no sólo como un elemento de placer sino como el sistema de referencias de nuestra vida. Para Lawrence el individuo no se expresa mediante la conciencia de lo que hay de particular en él, sino por la más fuerte conciencia de lo que tiene de común con tantos otros: su sexo.

La crítica ha visto, ahí sobre todo, un paganismo. Algunos myosotis fastidiosamente oxfordianos dábanle derecho a ello. No hay, sin embargo, libro menos hedonista. No se trata de escapar al pecado sino de incorporar el erotismo a la vida sin que pierda la fuerza que debía al pecado. De darle todo lo que hasta ahora era dado al amor, de convertirle en medio para nuestra propia revelación. Lawrence no quiere ser feliz: quiere ser. Una atmósfera de vida fundada sobre algo tan profundo como el erotismo ¿puede nacer de la voluntad? Según Lawrence, sí. Sin duda no siempre es convincente; pero nuestra propia resistencia da que pensar.

Consideramos nuestra actitud vital como normal, universal: humana. A partir de la India, empero, sorprende a los asiáticos. Cuando les decimos que es racional nos responden confusamente que nuestra música, nuestra pintura tienen una base erótica y que nuestra literatura no trata casi más que del amor. Yo veo en esta erotización del universo, que los asiáticos creen fundamental una consecuencia del individualismo; del individualismo empezando por su forma primitiva: el alma. El alma responsable. ¿Qué conciencia presta el hombre a la mujer? Ahí reside siempre la clave del mito reinante del amor. Para el indio la mujer puede ser el instrumento de un contacto con el infinito, pero nunca como un paisaje; medio irresponsable a la manera del paisaje. Lawrence, queriendo que la mujer sea totalmente responsable, ataca en cada uno de nosotros las trazas de indio

que encuentra y su primer enemigo es el eterno femenino. Nunca el cristiano ha visto en la mujer un ser enteramente humano. En Asia, en la antigüedad, la mujer se comprende a través de su función y se define por ella: hetaira o madre. En Europa, un fetiche de mimbre tejido por nuestros dos deseos contradictorios: carne y pureza. (Es curioso imaginar qué idea se haría del hombre una civilización femenina). El hombre no acepta apenas la sexualidad de la mujer más que como una agradable respuesta a la suya; está siempre dispuesto a llamarla vicio si la siente independiente, si él teme hacerse respuesta a su vez. Pero sabe que se le escapa, pues la experiencia sexual es intrasmisible de un sexo al otro; y siempre el erotismo del otro sexo es el que resulta misterioso. Para Lawrence la eternidad de la mujer está en su sexo y no en sus ojos. Y porque la mujer es irreduciblemente diferente a nosotros, pero siempre ávida de una unidad en la cual ella se posee más de lo que es poseída, se vuelve—en *The serpent plumed*—el indispensable instrumento para la posesión del mundo.

Toda la técnica de la novela reside en los medios que emplea el interesado para sustituir a la sexualidad la persona

Fragmento

= De la novela *Canguro*.—Ediciones “Sur”
Buenos Aires, 1933 =

Los países nuevos eran más problemáticos que los viejos. Se amaba el sentido de desembarazo de la vieja prisión, el afloje de las viejas riendas de control, la liberación, los compartimientos estancos del viejo mundo. Era domingo por la tarde; pero sin la saciadora tristeza de las tardes de los domingos ingleses. Era todavía un orbe suelto y en agraz. Todo el mundo en Sidney se hallaba fuera, en el bosque o junto al mar; mundo ininterrumpido, errante. En días de fiesta todos corrían en tropel desde donde se hallaban a alguno otro lado. Y al otro día todos iban al trabajo, con la misma falta de sentido, trabajando sin ningún sentido, jugando sin ningún sentido, y, sin embargo, con gran fervor. Era simplemente pasmoso. Ni aun la caza del dinero parecía tener una verdadera motivación. En realidad, les importaba poco el poder que da el dinero. Y salvo por el sentido del poder, el dinero carecía aquí de una verdadera significación. Cuando todo está dicho y echo, hasta el dinero tiene poco valor donde falta una genuina cultura. El dinero, o no es nada, o es el medio de elevarse a un estado más alto, pleno y refinado de la conciencia. Cuando se rechaza de plano la necesidad de una conciencia más plena, ¿de qué sirve el dinero? Tan sólo para tirarlo o jugar con él. El mismo dinero es una invención europea: europea y americana. En Australia carece de magia.

D. H. Lawrence

viva de Mellors, o inversamente. El deseo de ser madre, que hace llorar a Constance ante los polluelos y la lleva a acostarse por vez primera con el guarda, es un artificio: era necesario que las relaciones entre ella y su nuevo amante fuesen impersonales; era necesario que ella se volviese su amante antes de saber **quién es**, antes de **haberle hablado**. ¿De qué tiene ella necesidad? De revelarse a sí misma con ayuda de su propia sexualidad. Poco importa el medio de este despertar. Que Mellors se reduzca primeramente a un sexo experto y anónimo; que no sea, con ningún pretexto, el seductor; el verdadero diálogo está entre Lady Chatterley y ella misma. Nunca Mellors se opondrá profundamente a ella; él es matizado, individualizado, pero no autónomo. Un guardabosque no es necesariamente antiguo oficial, ni un amante perspicaz hombre de valor. Mellors habla toscamente, pero con premeditación y su sentido del destino humano domina el de Sir Clifford; Lady Chatterley ha tenido suerte. Prendida a su sexo contra el disgusto y la muerte hubiera podido no encontrar en el amante otra cosa que un fantasma o un enemigo. Si el hombre debe encontrar su razón de ser mediante la integración del erotismo en la vida, si se trata de justificar la vida, yo desconfío de las garantías que se encuentren en lo más profundo de la carne y de la sangre. Temo entonces por su naturaleza y su duración. Pues un gran sabor de soledad acompaña a los personajes de Lawrence: para este gran predicador de la pareja, “el otro” apenas cuenta. El conflicto o el acorde se establece entre el ser y su sensación. Su arte consiste en salvar, mediante la pintura persuasiva de un sentimiento primitivo y profundo — el deseo de maternidad, por ejemplo—el tránsito de la ficción a la afirmación étnica. Y la doctrina importa mucho menos que este arte, que el jadeo febril con que se esfuerza en revelar a la luz del día la faz nocturna de la vida. Y por medio de este arte, especialmente, será debilitada la importancia de la personalidad del compañero —compañero que ya no es el amante, que solamente vale por la conciencia que tiene de un **estado particular** que puede alcanzar y dar. Ninguna necesidad de que un compañero semejante sea “único”. Ahora bien; nuestro amor-pasión reposa en ese carácter único del amante, de la amante... Se trata de destruir nuestro mito del amor y de crear un nuevo mito de la sexualidad.

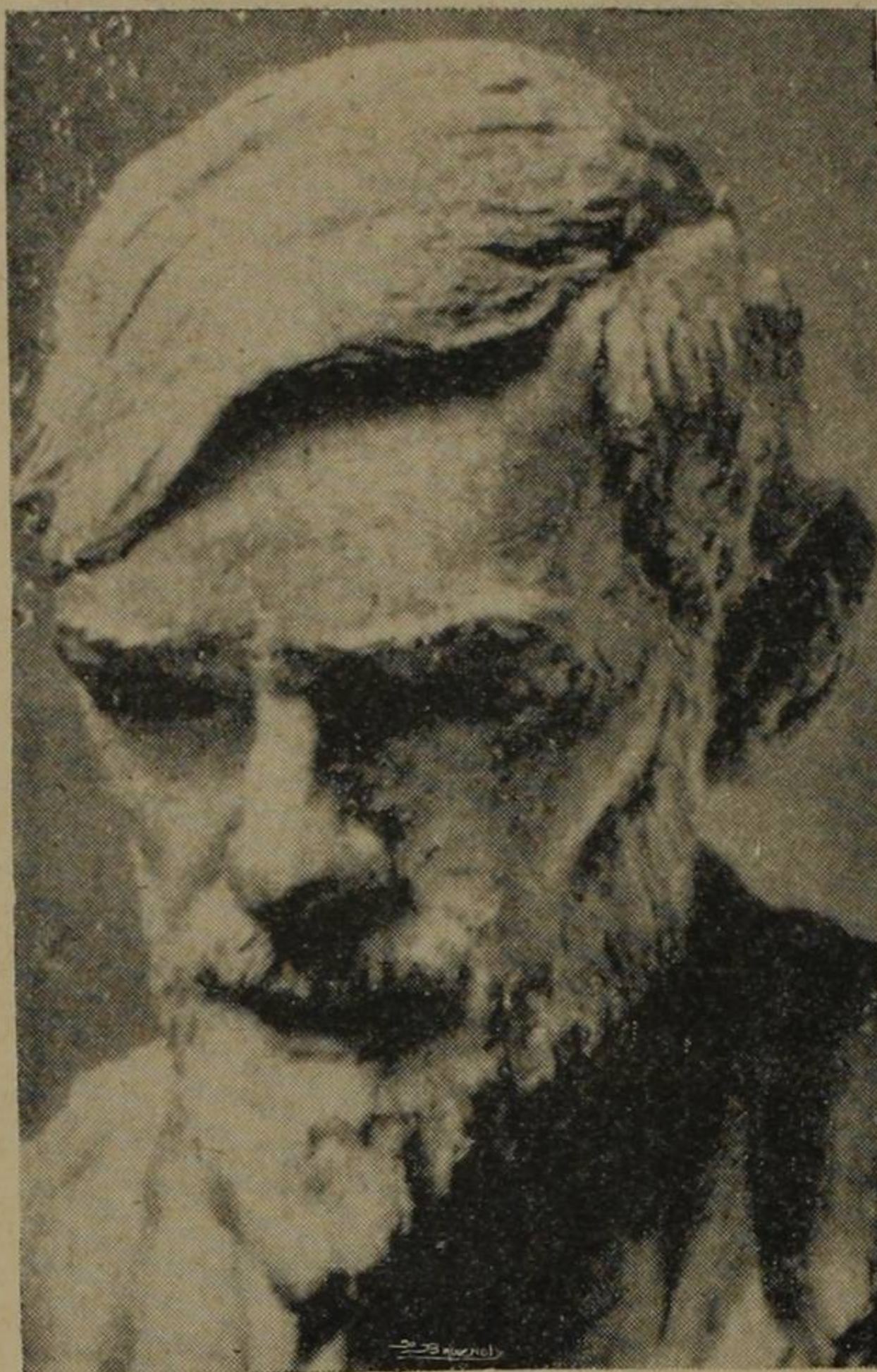
Pero un mito no es objeto de discusión: vive o no vive. No hace apelación en nosotros a la razón sino a la complicitad. Nos alcanza por nuestros deseos, por nuestros embriones de experiencia; por ello la ética, desde hace un siglo, se expresa tan fácilmente a través de la ficción. Profetizar sobre esto sería entregarse al trabajo inútil de profetizar acerca del mundo: los mitos no se desenvuelven en la medida en que dirigen los sentimientos sino en la medida en que los justifican...

1

D. H. Lawrence

Por OGIER PRETECEILLE

= De La vida Literaria. — Buenos Aires, Mayo 1932. =



D. H. Lawrence

De un autorretrato

Quisiera relatar, siquiera sucintamente, una vida que considero ejemplo típico de nuestro momento social desquiciado y una magnífica lección de entereza.

Había nacido Lawrence en la choza de un minero. Su infancia en la pequeña ciudad de Eastwood, ennegrecida por el carbón, fué el primer acto de su tragedia vivida. Si la mal llamada "escuela única" — que en Francia propugna un radical universitario como Edouard Herriot, y en Inglaterra un aristócrata conservador como lord Cecil — necesitara de nuevos ejemplos en apoyo de su necesidad, podría recurrirse al caso de David Herbert Lawrence. Llenas las universidades de gansos inútiles para toda labor intelectual de alguna altura, que allí malgastan el dinero de sus padres y el tiempo de sus profesores — sin provecho para nada ni para nadie; pero con daño de la colectividad, que habrá de soportarlos luego como gobernantes, magistrados o parásitos, — un temperamento genial como el de este hijo de proletarios, el más rico en dones de toda su generación, queda excluido de las aulas, privado de la necesaria formación, por la mera pobreza de sus progenitores.

Corrió fuerte riesgo Lawrence de quedar sepultado para siempre en un mísero pueblucho minero. Sólo a una beca, ganada a los doce años, debió la posibilidad de ingresar en el Instituto de Segunda Enseñanza de Nottingham. Cuatro años después, tenía que abandonar los estudios para entrar en una triste oficina — había que ganarse el pan, — donde contrajo la tuberculosis que acabó por llevarle a la tumba.

Se dedicó a la enseñanza. Fué maestro en una escuela de pobres, donde la sola tarea de mantener el orden entre los muchachos, tan mal nutridos como revoltosos, era superior a sus fuerzas físicas. Sin embargo, seguía estudiando — de noche — en su casa. A los diecinueve años se halló el primero en la lista de concursantes a una beca universitaria, que no pudo aprovechar, empero, por carencia de recursos. Dos años más tarde logró, a pesar de tantos obstáculos, entrar en el Training College — Escuela Normal — de Nottingham. Su vocación literaria se había despertado ya plenamente; pero para poder escribir había que poder comer.

A los veintitrés años marchó, como maestro, a una escuela de los suburbios meridionales de

Londres. Quería estudiar el francés y el alemán y terminar su primera novela, **El pavo real blanco**, que publicó en 1913. Logró un buen éxito y despertó expectación y esperanzas. Poco después abandonaba ya la enseñanza para dedicarse por entero a su arte. Tras **El Transgresor** que acrecentó la general curiosidad en su torno, dió la mejor novela de su primera fase, **Hijos y amantes**, conceptuada inmediata y unánimemente por la crítica de lengua inglesa como una obra maestra.

Había puesto el pie en el primer peldaño. Pero no había terminado la lucha con la miseria, que todavía tenía que hundir las garras en su pecho enfermo, y empezaba su lucha abierta con la sociedad, con los prejuicios, falsedades e hipocresías de un orden social caduco y cruel. Afirmada su fuerte personalidad de escritor, iba a manifestarse a plena luz el hombre, el rebelde.

2

En la Universidad de Nottingham conoció Lawrence a Frieda von Richthofen, hija de un ex-gobernador de Alsacia — Lorena y hermana del teniente que tanta fama — de macabra índole —

había de conquistar durante la guerra como as supremo de la aviación alemana. En 1914, pocos meses antes de estallar la contienda, se casaron el hijo del minero y la joven baronesa.

He dicho ya que la rebeldía de David Herbert Lawrence no era una mera actitud literaria, y que su protesta vigorosa trascendía a los límites puestos a su expresión artística. Había conocido de cerca la miseria de los esclavos de la mina, y no podían dejarle indiferente los episodios de la lucha social. Sabía los apetitos turbios que se parapetan tras las excitaciones patrióteras, y su reacción frente al crimen enorme de 1914 fué la de un hombre entero. De un hombre que ama la vida, que la contempla fluir en torno para apresarla en el sutil tejido de la novela o del poema, que también la siente latir generosa — aunque herida — en su pecho, y no puede reprimir el grito de horror y de indignación contra la matanza bestial, estúpida, pero glorificada, disfrazada de oropeles y lemas grandilocuentes.

Lawrence, enfermo, había ido en busca del clima suave de Cornwall para reponerse. Su pobreza, una vez más, no le permi-

tía llevar la vida de reposo que exigían a la vez su salud y su obra literaria. Para poder escribir, trabajó en el campo como un simple obrero agrícola... Mas había estallado la guerra y Lawrence no se recataba en expresar los sentimientos que le merecían los responsables del monstruoso conflicto. Antimilitarista declarado él, alemana ella, ¿a qué decir más? Los echaron de Cornwall.

La negra miseria una vez más. Tuberculoso, no tuvo necesidad de consignar su "objeción de conciencia" para eludir el servicio de las armas. Pero la Policía militar le persiguió sañudamente. ¡Se sospechaba que fuera un espía! Compendio de la humana estulticia fue esa obsesión, esa pesadilla de cuatro años, durante los cuales en cada espíritu capaz de mantener un poco de serenidad e independencia de juicio se vió a un espía venal. Terminada la guerra, Lawrence marchó de Inglaterra con su mujer, en voluntario destierro.

Quien ha vivido esa tragedia horrenda y sentido la rebelión íntima contra la hecatombe de 1914-1918, quien pertenece a esa generación "destrozada por la guerra, aunque se salvara de las granadas", y lleva ese drama impreso en todas sus fibras, tiene que sentir también por Lawrence una estimación íntima y especial. Como por un genial camarada. Una fraternidad que brota de comunes heridas incurables. Cuando tantos escritores — hasta fuera de los países azotados por el cataclismo — perdían el sentido de dirección, quedaban sordos a su imperativo humano, para sumirse gregariamente en la corriente vesánica, Lawrence alzó la frente y alzó la voz. Que conste; porque fueron pocos.

Mientras tanto, en 1915 salía su novela **Arco Iris**. La crítica fué unánime: se confirmaba la potencia de un escritor de primera línea. Luis Untermeyer, el poeta norteamericano, dijo de **Rainbow** que era "la novela más poética y penetrante que se había publicado en diez años". La Policía inglesa, empero, recogió y destruyó la edición. El golpe, añadido a las luchas a que antes aludimos, fué duro para Lawrence. Durante cuatro años no volvió a escribir una línea.

Salido — según dijimos — de Inglaterra con su esposa. Lawrence viajó unos meses y se instaló con ella en un rancho de Nueva Méjico, cerca de Santa Fe, "en una casa de adobes, medio desmoronada". Allí escribió **Mañanas de México** y **La serpiente con plumas**.

(Pasa a la página 258)

¿Quién era D. H. Lawrence?

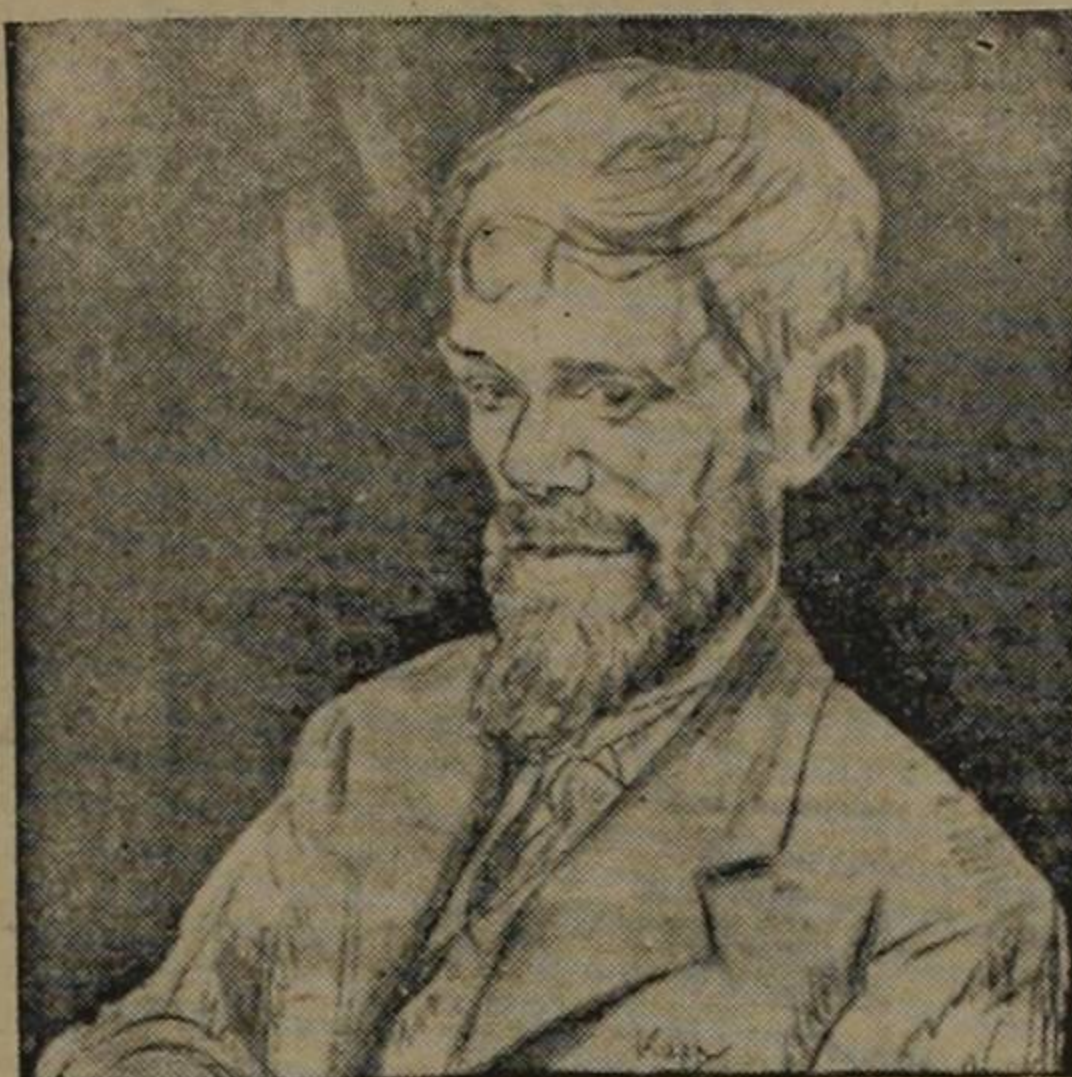
Por ALDOUS HUSLEY

= De Atenea. Concepción, Chile. Trad. de LUISA FREY GABLER. =

Lawrence fué en cada instante de su vida inevitablemente artista. Sí, inevitablemente, esta es la verdadera palabra; porque hubo para él también momentos en que quiso escapar a su destino. En una carta a Eduardo Garnett, pregunta: "¿Por qué, por qué hemos de dejarnos molestar por la literatura y otras locuras semejantes? ¿Por qué no podemos llevar una vida razonable y honrada, sin que nos molesten los críticos del *Pequeño Teatro*?" A pesar de eso amaba Lawrence su destino, y el arte de que era maestro. Sea como sea, querer o deber, esto en último término no tiene importancia, ante la evidencia de que Lawrence estuvo en el verdadero sentido de la palabra poseído por su fuerza creadora. No podía hacer otra cosa. No le quedaba otro camino que someterse a aquel extraño poder que dentro de él creaba sus obras de arte. Lawrence se sometía a él completamente y con humildad. ¿Es realmente difícil luchar contra la propia imaginación — y tirar todo por la borda? Es como si estuviera uno desnudo para dejarse atravesar por el fuego divino. Y este es un sentimiento terrible "Hay que ser un religioso para ser artista". En cambio, pudo agregar: Hay que ser un artista muy fuerte, consciente de la inspiración y de la fuerza ineludible del genio, para ser religioso.

El talento propio y característico de Lawrence era una sensibilidad especial para aquello que Wordsworth llama "formas desconocidas de la existencia". Siempre tenía conciencia del misterio del mundo, y el misterio era para él siempre el Numen Divino. Lawrence, en oposición a la mayoría de los hombres, no pudo olvidar nunca que fuera de los límites de la conciencia humana hay una existencia oscura, algo "Otro". Esta sensibilidad especial iba a parejas con una gran capacidad para revestir lo inmediato vivido, con formas artísticas. De esta especie era el talento verdadero propio de Lawrence. Esto nos explica mucho. En primer lugar su posición frente a lo sexual.

Sus propias experiencias como hijo y amante, pueden haber intensificado su dedicación exclusiva a este tema, pero seguramente no lo motivaron. Fueran cuales fueran sus propias experiencias, Lawrence estaba obligado a ocuparse de lo sexual; su esencia lo obligaba a ello. La experiencia sexual significaba para Lawrence, que en la vivencia se concentraba como en un foco luminoso, el conocimiento inmediato, no espiritual, del "Divino Tú". Un foco luminoso de "lo Nocturno". Expresado paradójicamente ese "Algo" que no somos nosotros mismos sería sin embargo algo que vive en nosotros. Esta quintaesencia de "lo que está afuera", del "Divino Tú", es sin embargo, el sentido de nuestro ser íntimo. "Y a Dios, el impenetrable, el inconocible, lo co-



D. H. Lawrence

Caricatura de Kapp

nocemos en la carne, en la mujer. Ella es la puerta de nuestra entrada y de nuestra salida. En ella volvemos a Dios; pero igual como los testigos de la transformación de Cristo, ciegos e inconscientes". Si ciegos e inconscientes; porque si no es así, es la revelación, no del "Divino Tú", sino de un mal muy humano. ¡Qué horror sentía frente a todos los Donjuanes, ante todos los lujuriosos de los sentidos, sapientes y conscientes! ¡Y cuán amargamente despreciaba la opinión del Wilhelm Meister, que veía en el amor un medio de educación, un medio para la cultura, un mensaje del alma! Mal usar el amor de este modo, conscientemente y con intención, lo encontraba Lawrence errado, y le parecía casi una blasfemia.

Para un hombre que posee el talento de aprender el secreto de lo "Otro", el verdadero amor tiene que ser (para hablar como Lawrence), necesariamente "nocturno", del mismo modo como el verdadero saber es nocturno y de intuición sensible, un ir a tientas en la noche. El hombre habita, para su propia comodidad, en un universo hecho por él mismo, en medio del mundo grande y extraño, del macrocosmos, y de la propia incertidumbre acerca de sí mismo. En la ilimitada oscuridad de aquel mundo cava la luz de su propio pensamiento rutinario una pequeña cueva iluminada — un túnel luminoso en el que vive y tiene su existencia desde el nacimiento de su conciencia hasta la muerte de ésta. Para la mayoría de nosotros significa este túnel luminoso, el mundo entero. No tomamos en cuenta la oscuridad alrededor de él, o cuando se nos impone con insistencia, la menospreciamos, por miedo. Eso no hacía Lawrence. Tenía ojos que más allá de las murallas de la luz, podían mirar lejos, en la oscuridad. Antenas sensibles que lo mantenían siempre despierto. No podía satisfacerle un túnel humano hecho por él mismo. No podía comprender cómo otros se contentaban

con eso. Por lo demás — y en eso era diferente a los otros, a los grandes filósofos y a los hombres de ciencia — no quería agrandar el plano iluminado, sino que afirmaba la oscuridad circundante y se sentía en ella a gusto.

La mayoría de los hombres viven en un pequeño charco de luz que arrojan con los focos de la costumbre; pero también existe una iluminación pura y fuerte, producido por el intelecto y objetivo y científico. Ambas fuentes de luz parecían sospechosas a Lawrence. Ambas parecían falsificar aquello que para él significaba la realidad sentida en su forma absoluta: la oscuridad del secreto. "Mi verdadera religión", — expresó ya en 1921 — "es la fe en la sangre y en la carne, que son más sabios que el espíritu". "Podemos errar en el espíritu, pero lo que siento, cree y dice la sangre, es siempre verdadero". "Su rebelión apasionada contra el saber encontraba muy a menudo expresión en frases realmente fantásticas y arbitrarias. Eso no era incapacidad, porque Lawrence poseía, además de su singular talento una inteligencia extraordinaria y potente. Además del genio, tenía una buena cabeza. Pudo haber comprendido totalmente los fines y métodos de las ciencias si hubiera tenido tal intención. En realidad las comprendía perfectamente y por esa misma razón las desechaba por su esencia. Porque los métodos de las ciencias y de la filosofía crítica eran incompatibles con el ejercicio de sus cualidades: la aprehensión inmediata y la expresión artística del divino "otro". Y la finalidad de la ciencia que consiste en poner más y más lejos los límites de lo desconocido, no podía estar de acuerdo con sus intenciones, que consistían precisamente, en quedar lo más posible en contacto con el secreto circundante. Por eso desechaba, a pesar de su inmenso prestigio, las ciencias y la filosofía crítica. Permaneció absolutamente fiel a sí mismo. No trató de explicar, ni de definir su saber inmediato acerca del misterio, ni siquiera hizo el ensayo de reemplazarlo por un saber abstracto. Prefirió vivir y saber vivir a los demás.

Lawrence no quiso saber nada de ninguna cosa que no tuviera correspondencia con el numen que vivía en él mismo. De ahí su principio estético que el arte tiene que ser totalmente espontáneo y como el artista, imperfecto, limitado y perecedero. De ahí también su principio ético, según el cual el mayor deber moral del hombre consiste en no tratar de vivir por encima de su capacidad humana, y más allá de los límites de su haber psicológico heredado. El arte debe, creía él, florecer en un impulso inmediato a la comunicación y expresión de sí mismo, debe perecer con la disolución de ese impulso. De todos los materiales de construcción amaba Lawrence la arcilla. Le atraía su extraordinaria plasticidad y su caducidad.

No podían existir pirámides eternas de arcilla, ni tampoco templos de Partenón matemáticamente exactos. Lawrence amaba a los etruscos, porque edificaban sus templos de madera, materia igualmente caduca como la arcilla y que ya no existían. La piedra lo oprimía con su solidez indestructible, con su capacidad para adoptar las formas duras e implasmables de la geometría pura, y conservarlas para toda una eternidad. Los edificios grandes le producían malestar, aun cuando fueran de una belleza acabada. Un malestar semejante sentía en presencia de cualquier obra de arte acabada en su perfección. En música le gustaba la canción popular, como forma delicada y diáfana salida del impulso espontáneo. La sinfonía lo aplastaba, le parecía demasiado poderosa, elaborada con excesiva conciencia y cuidado. Estaba firmemente decidido a no dejar que alguna de sus obras fuera pretenciosa. Las hacía florecer de la profundidad de su saber, dejándolas tomar su propio curso, y nunca hubiera usado de su intelecto consciente para imponerle la apariencia de una perfección sobrehumana. Esa era su característica, casi nunca cambiaba ni corregía lo ya escrito. Aun le he oído decir a menudo que era incapaz de corregir. Cuando estaba descontento con algo que había escrito, lo limaba, recortaba y trasponía como lo hace la mayoría de los escritores, sino que comenzaba de nuevo. Creo que existen tres manuscritos completos y totalmente diferente de "El amante de Lady Chatterley", ¡Y esta no fué la única novela que escribió más de una vez! Estaba decidido a hacer surgir todo lo que escribía en forma inmediata de la fuente de fuerzas misteriosas y sobrehumanas. Lawrence sostiene que nunca debe ser permitido al intelecto consciente inmiscuirse posteriormente en lo creado, para imprimirle su esquema abstracto de perfección.

"Me exigen forma; esto quiere decir que quieren que yo use su forma perniciosa, miserable, esquelética, y eso no lo quiero". Esto lo decía acerca de sus novelas. Pero lo mismo puede aplicarse a su vida. "Cada hombre", exigía Lawrence, debe ser un artista de su vida y debe modelar su propia línea ética. El arte de vivir es mucho más difícil que el arte de escribir. "Es mucho más delicado amar, ganar amor, que explicar el amor". Y por eso mismo se debe ejercer el arte con la sensibilidad más refinada, despreciando a aquella dañina y

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

son las dolencias que se
curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice
el distinguido Doctor Peña
Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

esquelética forma de la moral que los hombres tratan de imponerle a uno. La tarea de un buen artista consiste en ser fiel en la vida, a su naturaleza. Tiene que tomar el material que le es dado. Las debilidades y lo oscuro, al mismo tiempo que el sentido y las virtudes, la misteriosa oscuridad y lo del "más allá", no menos que la luz de la razón y del Yo consciente; debe tomarlo todo y tejer con ello, armoniosamente, su dibujo propio y no el de otro.

Desde el comienzo de su carrera, consideraba Lawrence sólo el politeísmo como apropiado a la esencia del hombre. Un Dios tiene el mismo derecho a la existencia como otro Dios. Los oscuros son divinidad pura del mismo modo que los claros. Su politeísmo era democracia pura. De su concepción de la esencia del hombre resultaba la formulación de dos tesis sorprendentes, una ontológica y otra ética. De la primera se podría decir que es la doctrina del sin sentido cósmico. "No hay sentido. Vida y amor son vida y amor; un ramo de violetas es y sigue siendo un ramo de violetas, y encontrar un sentido en eso significa destruirlo todo. Vive y deja vivir, ama y deja amar, florece y desaparece, y sigue la línea natural que fluye sin sentido. "La falta de sentido ontológico tiene su complemento ético en la doctrina de la despreocupación". Usted, será simplemente devorado por el preocuparse. Usted, está tan ocupado de preocuparse, por el fascismo, por la Liga de las Naciones, de si la Francia está o no en su derecho, o si el matrimonio está amenazado; que nunca sabe, donde usted mismo, está parado. Usted, nunca vive en el lugar en que está. Usted, habita el espacio abstracto, el vacío gris de la política, de los principios del de-

recho y del no-derecho, y así sigue usted condenado a lo abstracto".

La fidelidad a su genio no lo dejaba libre. Lawrence tenía que insistir en aquellas fuerzas misteriosas de "lo otro", que ajuera están esparcidas y adentro concentradas; cuerpo y alma del hombre. No pudo hacer nada de otra manera, a pesar de que como novelista se amontonaba el mismo, un serio obstáculo con ello. Porque según su modo de ver, la mayoría de las actividades del hombre eran desviaciones más o menos criminales de su verdadera ocupación: vivir humanamente. El se negaba a escribir sobre tales desviaciones, y esto quiere decir que se negaba a escribir acerca de las actividades principales de nuestro mundo contemporáneo. Pero como si aun no le bastara esta limitación drástica de su objeto, pasó más allá y se negó a escribir en una de sus novelas de personalidades humanas, en el sentido tradicional de las palabras. "El Arco Iris" y "Mujeres Amantes" (y casi todas sus novelas) son la aplicación práctica de una teoría que está explicada, en una carta, muy interesante e importante, a Edward Garnett, y que lleva la fecha de 5 de junio de 1914. "En cierto modo es para mí más interesante, lo que hay de físicamente inhumano en el hombre que el anticuado elemento humano que lo obliga a uno, a imaginarse el carácter, según un esquema moral determinado y elaborado consecuentemente. Usted, rechaza este esquema moral determinado. En Turgueniev, Tolstóy y Dostoiewsky, es el esquema moral en el que caben todos los caracteres, y es casi siempre el mismo esquema —por extraordinario que sean los caracteres mismos— romo, anticuado, muerto. Me preocupo poco de lo que una mujer siente —en el sentido común de la palabra. Sentir supone un ego, que puede sentir. Sólo me preocupo de lo que la mujer es, lo que ella es. Inhumanamente, fisiológicamente, materialmente... En mis novelas no debe buscar usted, el Yo fijo y tradicional del carácter. Todavía existe otro Yo según cuyas acciones el individuo se hace irreconocible, y recorre por decirlo así estados alotrópicos. Se necesita aplicar una capacidad sensitiva más profunda que la que estamos acostumbrados a usar".

El conocimiento de Lawrence acerca del artista, era por lo que se ve, conocimiento personal. Sabía de propia experiencia que el verdadero poeta o escritor es en el fondo un ser individual que no debe mezclarse con la masa, y

HA APARECIDO

¿A DONDE VA LA MUJER?

por AMANDA LABARCA H.

Valor del ejemplar: 75 céntimos oro americano

Solicitarlo a EMPRESA LETRAS,
Casilla número 3327. SANTIAGO DE CHILE

Pedidos de más de diez ejemplares recibirán
un descuento de veinte por ciento

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

que se traiciona a sí mismo cuando persigue con demasiada ansia los deseos ordinarios de los hombres. Todos los artistas conocen este hecho propio de su especie, y muchos nos han transmitido este conocimiento; y aun con pesar, porque estar de verdad desprendido interiormente no es un agrado. Lawrence sufrió seguramente toda su vida con la soledad a lo que lo condenaba su talento. "Uno no tiene verdaderas relaciones humanas—y eso es tan aplastante". "Uno no tiene verdaderas relaciones humanas"—esta es la queja de todos los artistas.

Lawrence poseía, según la ocasión, una facilidad extraordinaria para entrar en relaciones próximas con casi todos los hombres con que se encontraba. "Aquí (en la pensión de Bournemouth, donde vivió en 1912 después de su enfermedad) quedó muy enredado en la vida de otros hombres—y esto es tan interesante, a veces un poco doloroso, pero también es divertido. Me acerco rápidamente a la gente y eso resulta complicándome la vida. Por otro lado, no tengo nada en contra de pequeños enredos". Su amor al arte, en cambio, era más grande que su amor a los enredos, y siempre cuando el enredo ponía en peligro su actividad como artista, lo sacrificaba y se retiraba. La única relación profunda de Lawrence era la que lo unía a su mujer. "Es sin esperanza para mí", le escribía a un colega, "tratar de emprender algo cuando no tengo a mi mujer detrás de mí... Bocklin—u otros semejantes a él— sólo

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent - TELEFONO 3090

Casa de Habitación TEL. 2208

podía sentarse en el café con la espalda hacia la pared. Yo no me puedo imaginar al mundo sin la mujer a la espalda... Una mujer que yo amo, me pone en contacto inmediato con lo desconocido".

En general, estaba condenado, por su modalidad, en lo esencial, a vivir solitario. "No quiero vivir más en este tiempo", escribía. "Lo conozco y lo rechazo". En la medida que me sea posible quiero poder estar fuera de este tiempo, quiero vivir mi vida y ser feliz en lo posible. Aunque todo el mundo caiga como horror al precipicio sin fondo... Yo creo que la mayor virtud consiste en ser feliz, en vivir con la mayor verdad posible, y no dejarse vencer por las falsedades de un tiempo "Personal". Este adjetivo es muy significativo. De todas las palabras de menosprecio que se puedan aplicar a nuestra época poco agradable, es "personal" seguramente más o menos el último que se nos ocurriría a la mayoría de nosotros. Para Lawrence este adjetivo era el primero. Su talento consistía en sen-

tir y reflejar lo desconocido, lo misterioso, lo "otro". A alguien dotado de este talento tenía que parecerle casi toda época indebida y peligrosamente personal. Tenía que desecharla y huir-la. Pero huyendo no podía otra cosa que lamentar la falta de "relaciones humanas verdaderas". Lawrence ha tratado obstinadamente de crear una relación con la comunidad humana.

Creo que era el sentimiento de desconexión lo que empujaba a Lawrence en su incesante peregrinación alrededor del mundo. Los viajes eran para él al mismo tiempo huída y búsqueda: búsqueda tras alguna sociabilidad con que pudiera entrar en contacto, "tras un mundo, en que los tiempos no fueran aún personales y en los que el haber consciente no hubiera aún retorcido la vida, una huída de las miserias de la sociedad a que pertenecía y de la que a pesar de su desconexión como artista, se sentía profundamente responsable. Su búsqueda era infructuosa, tal como su huída quedaba sin resultado. No pudo escapar ni a su nostalgia ni a su sentimiento de responsabilidad; y nunca encontró a una sociedad a la que pudiera haber pertenecido. Con una especie de desesperación, se precipitaba más y más profundamente en el secreto circundante, en la oscura noche de "aquello otro", cuya esencia y símbolo es la experiencia sexual.

Basta de explicación y de interpretación. Para los que han conocido a Lawrence no es esto lo más importan-

D. H. Lawrence...

(Viene de la página 344)

A estos siguieron en unos pocos años diez o doce libros, entre novelas — la mayor parte — y poesías. Cada novela nueva era un éxito más, que producía sensación en los círculos literarios e indignación en los círculos oficiales. El entonces ministro conservador de la Gobernación en la Gran Bretaña Sir William Joynson Hicks— el famoso, pintoresco, vehemente y reaccionario Jix, hoy lord Brentford, — era uno de los más ardientes enemigos del escritor. Lo manifestó arrogándose atribuciones de censor contra sus obras. Viendo Lawrence en Florencia, — ciudad en que residió dos años, y donde su mujer cayó gravemente enferma, — publicó (1928) una de sus más celebradas novelas: *El amante de lady Chatterley*. Si el amante de la aristocrática dama hubiera sido según es costumbre en las obras de ficción y fuera de ellas, un caballero de rango, ¿quién sabe? Pero resultaba ser, en ese "relato desvergonzado", su guardabosque. No había derecho, francamente. El libro fué prohibido en

Inglaterra, y Lawrence hubo de imprimir una edición particular en Francia.

D. H. Lawrence dibujaba y pintaba, además, y el año 1929 quiso exponer una colección de sus originales creaciones en las Galerías Warren, de Londres. La pudibundez policíaca sintióse nuevamente enfurecida; trece lienzos hubieron de ser arrancados de las paredes, como "impropios para la exhibición en público", y un buen número de álbumes conteniendo reproducciones de las obras pecaminosas fueron confiscados.

Se ha dicho que Lawrence padecía, como Strindberg, la obsesión sexual. Da la morbosidad triste, negruzca, amarga, del escritor sueco, a la pugna evidente de Lawrence para sacar a luz las fuerzas, los impulsos más hondos del hombre y su plena, libre animalidad, yo veo una gran distancia. La obsesión existe. Discutir aquí sus probables causas y su forma de expresión nos arrastraría más allá de los límites de este artículo.

En una de las últimas páginas escritas por Lawrence, un vigoroso prefacio para el tremendo libro de Dahlberg, *Bottom Dogs*, hallo una síntesis clara y concisa de su pensamiento respecto a la actitud del hombre ante la indomable, impasible, indeliberante Naturaleza. Y también a la actitud del hombre de hoy frente a los demás hombres, una vez rotos por la vida moderna los viejos lazos de solidaridad elemental, de tribu y de clan, que los unieron. La propia reacción de Lawrence, pareja con la de otros escritores de su tiempo — Aldous Huxley, entre otros — no es ciertamente optimista ni del tipo usado por los predicadores — cívicos o religiosos. — Tiene inequívoco sabor de ceniza. Pero, ¿ganamos algo con engañarnos? La gran superioridad de ese individualismo cruelmente sincero es su labor de asepsia. Necesaria. Estamos en días de hondas transformaciones del conglomerado social; conviene tener la franqueza de mirarnos por dentro. Hallaremos esa realidad sexual que domina la obra de Lawrence; y otras muchas cosas que deben ser tenidas en cuenta para todo intento de reconstrucción colectiva. Esas cosas son las que también ha hurgado D. H.

Lawrence en sus novelas y sacado a la superficie.

Cómo ese cuerpo, minado por la tuberculosis, por tempranas y repetidas privaciones, ha podido resistir tantos años de lucha y de intensa producción artística, sólo la extraordinaria vitalidad de su "llama interior", puede explicarlo. Alto, desgarrado, hundido el pecho, de pelo enmarañado y barba rojiza, Lawrence era una figura excepcional hasta en el aspecto físico. ¡Qué lejos de la suave belleza de Shelley! Su genio creador era asimismo febril y errático. Después de viajar durante seis meses sin trazar una línea, era capaz de sentarse a escribir y terminar una novela en seis semanas.

Dejó publicados 21 libros y varios en manos de editores. Sus tres mejores obras — según su propia opinión, compartida por muchos críticos — son *Sons and Lovers*, *Women in Love* y *Lady Chatterley's Lover*. Señalan el punto culminante en cada una de las tres etapas de su producción. Se advertirá que en el título de las tres vuelve, como un "leit-motiv" el vocablo *love*. No es mera casualidad; es más bien el símbolo que sintetiza su impulso dominante.

te, sino que él haya sido así, como era...

La convivencia con Lawrence era siempre aventurera, como un viaje de exploración en tierra nueva. Porque él mismo, ciudadano de otra ordenación del mundo, habitaba un universo diferente al de la generalidad, un mundo más amable, más intenso. El miraba las cosas con los ojos de un hombre que ha estado en la orilla de la tumba, y al que el mundo se descubre desde la oscuridad en toda su belleza y con todos sus milagros. La existencia le parecía un solo y largo proceso de convalecencia; como si cada día de su vida hubiera sanado nuevamente de una enfermedad mortal.

Su gran encanto como amigo consistía en que nunca le aburría algo, y que por lo tanto no podía él mismo aburrir a nadie.

Ningún trabajo le parecía demasiado nimio, o trivial, como para que no le hubiera valido la pena de emprenderlo y realizarlo. Sabía cocinar, coser, podía zurcir calcetines y lechar vacas, era un buen leñador y tenía facilidad para bordar. Los fuegos hechos por él siempre ardían bien, y un suelo lavado por Lawrence estaba realmente limpio. Además, poseía la facultad más admirable aun, en un hombre muy nervioso e inteligente; la facultad de no hacer nada. Podía estar simplemente sentado y estar completamente contento, y su contento era, cuando uno estaba con él, verdaderamente contagioso. Igualmente contagioso eran sus caprichos repentinos y su risa. Aun en los últimos años de su vida, cuando la enfermedad comenzaba a vencerlo y a matarlo lentamente, volvía a veces a reír como en sus buenos tiempos. Desgraciadamente al final se hacía amarga esta risa.

Le he oído hablar a menudo de los hombres y sus quehaceres con una burla de tal modo demoníaca, que a pesar de la fogosidad poco común y de la profundidad de lo que expresaba, era doloroso oírlo. El secreto conocimiento de su decadencia lo invadió en los últimos años de su vida con una tristeza avasalladora. Esta tristeza se manifestaba a veces por medio de verdaderas explosiones de furia. La falta de decoro sentimental. La furia como exteriorización sentimental le parecía menos indecente. A una melancolía resignada o quejumbrosa prefería la furia. Se vengaba del destino que lo obligaba a la tristeza, burlándose de todo. Y como su tristeza de hombre que se acaba lentamente, era indeciblemente profunda, su burla tenía que llegar a ser horriblemente amarga.

La vitalidad tiene tanta fuerza de atracción como la belleza y en Lawrence borboteaba una fuente inextinguible de vitalidad. Mientras que según el pronóstico médico, debía haberse muerto mucho antes, seguía la vitalidad fluyendo en él y deshaciéndose de vez en cuando, como un gran globo de espuma se deshace en el sol. Durante los últimos años parecía una llama que palpita al apagarse, pero que como por milagro

seguía ardiendo, a pesar que le faltaba el alimento. Y uno se acostumbraba, a pesar de tan repetidos sobresaltos, a seguir viendo palpitante esa llama que en su lámpara rota y vacía se consumía a sí misma, que se tentaba a creer que ese milagro pudiera durar eternamente. Pero

esto no podía ser. Y cuando yo, después de una separación de varios meses, volví a ver a Lawrence en la primavera de 1930 en Vence, terminaba el milagro, la llama que palpitaba todavía al ahogarse, se apagó algunos días después.

MAÑANAS DE MEXICO

Día de Mercado

Por D. H. LAWRENCE

— Traducción de Barreda. N. Y. 27.—En el N.º 34 de *Contemporáneos*. México, D. F. Marzo de 1931. —

Camino al pueblo

Hoy es el último sábado antes de la Navidad. Se presiente que el próximo año será trascendental. Este año casi ya ha terminado. Soplaban aire desde el amanecer, sacudiendo las hojas, y el sol naciente brilló por el resquicio de una nube amarilla. De golpe hirió las flores amarillas que asomaban por la barda del patio, y la oscilante magenta de las bugambilias y las violentas explosiones de las *poinsettias*. La *poinsettia* es hermosísima, sus flores muy grandes y de un rojo inmaculado. Aquí llámanse nochebuenas, flores de Navidad. Estos penachos arrojan su escarlata atrevidamente, a la manera de pájaros rojos vibrando en la brisa del alba, como si fueran a bañarse todas sus inquietas plumas. Estas flores, en Navidad, en lugar de los laureles sagrados. La Navidad parece que exige heraldos rojos.

La yuca es alta, más que la casa. También está en flor, dejando caer una rama de campánulas amarillentas—largos racimos de espuma. Y estas corolas de cera quiebran sus tallos en el viento, caen silenciosamente del largo racimo amarillento, que lento se cimbra.

Los granos de café ya comienzan a encenderse. Las malváceas rosáceas mecense en las puntas de las delgadas ramas, en rosetones de tierno rojo.

En el patio trasero hay un árbol alto, del género de las acacias translúcidas. En su copa asoman blancos dedos de flores, desnudos en el azul del cielo. Y en el aire, estos dedos de flores en el desnudo cielo azul, mecense, mecense en

el bamboleante y giratorio movimiento de las copas de los árboles al viento.

Mañana inquieta, con nubes bajas, moviéndose también en círculos, en bamboleos. La naturaleza entera moviéndose. ¡Qué mejor que girar uno también, en lentos círculos, como los halcones!

Todo parece girar lentamente y rondar alrededor de un eje—las nubes, los montes del valle, el polvo en remolinos, los grandes y hermosos halcones rayados de blanco—gavilanes—y hasta los copos de nieve de las flores, que cubren los oscuros árboles del *palo blanco*. Hasta los cactus llamados órganos, que crecen en grupos compactos y rectos, hasta los cactus en forma de candelabros, diríanse que giran lentamente alrededor de un centro colocado en el centro mismo de ellos.

Raro sería pensar en líneas rectas en donde no las hay, y exigir actos rectos cuando cada cosa, tarde o temprano, deja venirse en círculos y cae violentamente en el centro; en donde el espacio es curvo, y el cosmos una esfera dentro de otra esfera, y el camino entre un punto y otro va dando vueltas alrededor de lo inevitable, como las alas anchas del halcón giran en las alturas, inclinándose en el aire como la mitad invisible de una elipse. Aquí, si hay que seguir un camino, será necesario hacerlo en círculos y descensos rápidos, en velocidades centrífugas, hacia el centro. Un acto recto, cualquier curso, será inme-

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

diatamente torcido a pesar de la oposición del mundo.

Mas el polvo avanza como un fantasma a la mitad del camino que corre en el fondo de la planicie. El pasto seco del llano brilla como una piel suave, lleno de sol y de un color rosa ocre, extendiéndose entre los montes que parecen transpirar su propia oscuridad — un translúcido vapor azul oscuro—como para destacarse de las otras crestas jorobadas de la lejanía. Las arrugadas, silenciosas montañas de México.

Y allá abajo, al pie de los declives, las manchas blancas de Huayapa, entre los lagos de sus árboles. Es sábado, y los puntos blancos de los hombres, trotando cuesta abajo sobre las áridas jorobas de la llanura, siguiendo el cadencioso y oscuro movimiento de los burros, el negro balanceo de las cabezas de las indias montadas entre los canastos. Día sábado, día de mercado, y de mañanita, por lo que las manchas blancas de los hombres, a la manera de gaviotas sobre sembrados, bajan y fluyen como emanaciones del palo blanco, en el lento ondulante del venado de las faldas del valle.

Vienen vestidos de manta, blanca como la nieve, y levantan sus ágiles rodillas al trotar—el trote del indio—tras los burros en los que las mujeres van sentadas entre enormes canastos y con sus criaturas amarradas en rebozos contra sus pechos morenos. Y muchachas con amplias y largas enaguas de manta, corriendo, trotando tras los movimientos cadenciosos de los burros. Baján en familias, en grupos, solos, trotando, corriendo descalzos, silenciosamente hacia el pueblo, en infla las pompas de las cúpulas de su iglesia entre el verdor quieto de los árboles, allá abajo, en las opuestas colinas de piel de venado.

A la mitad del valle, baja el ancho camino, casi rectamente. Se adivina por la polvareda, que se apresura hacia el pueblo, adelantándose y dejando atrás a todos. Dejando atrás a las oscuras figuritas y las blancas manchas que trotan menudamente, misteriosamente hacia el pueblo.

De las ranherías y montes bajan los labriegos y los indios con sus mercancías; y el camino es como una larga peregrinación, envuelta en la precipitación del polvo que vuela hacia el pueblo. Oscuros burros orejados y hombres que corren, mujeres que corren, muchachas y muchachos que corren, cadenciosos asnos ambulando con patas menuditas, bajo el peso de un gran par de canastos llenos de tomates y calabazas, de un par de atados llenos de jarros redondos, de un par de huacales llenos de leños arreglados con la precisión de una rueda de cigarrillos, de un par de costales de carbón. Burros, mulas, sobre los que vienen grandes canastos en movimientos rítmicos y sobre ellos la india encaramada—grandes huacales golpeando los flancos de los pobres animales. Un burrito descargado trotando atrás de su madre agobiada con bultos, y un hombre en huaraches, vestido de blanco, siguiéndola con la prisa silencio-

sa del indio, y una muchacha corriendo descalza.

Hacia delante, todos; en una rara corriente de ansiedad. Y entre esta gente descalza, las carretas de bueyes en lento trajín rodando rudas ruedas crujientes bajo el peso de altas redes y atados. Bueyes lentos, cansinos, con cabezas caídas, meciendo sus largos cuernos a la manera como se mecen las serpientes, y con cabestros aplanados de madera que aprietan fuertemente sus cabezas. Adelante, siempre adelante, entre el reseco pasto y el maravilloso verde intenso de los órganos. Más allá de las peñas y de las flores flotantes del palo blanco, más allá del polvo despeinado de los mezquites. De nuevo, la polvareda, en una prisa mayor, más apresurada que nadie, baja rápida y engrandecida por el camino, sobrepasado y oscureciendo a todos—como un cataclismo.

Son en su mayor parte bajos de cuerpo, zapotecas de sangre; hombres pequeños con pechos levantados y rápidas rodillas, que avanzan con indomable energía, en medio del polvo. Y hieráti-

cas mujeres, pequeñas, de cabezas redondas, que corren descalzas, enredando sus rebozos azules en los hombros, y a veces llevando en ellos un niño. Las ropas blancas de los hombres son tan blancas que sus rostros se vuelven invisibles: oscuras manchas bajo los grandes sombreros. Oscuridades vestidas, caras de noche, rápidas, silenciosas, con inagotable energía avanzando hacia el pueblo.

Y muchos de los serranos—los indios de las serranías cercanas — que llevan unos pequeños sombreros cónicos de fieltro negro, parecen cubiertos de noche, de los hombros para arriba. Algunos han venido de muy lejos, caminando todo el día de ayer con sus sombreritos negros y sus huaraches forrados de paño negro. Mañana se regresarán de nuevo, por el mismo camino. Y sus ojos serán los mismos: negros y brillantes y fieros, en el fondo de sus rostros morenos. Sin ninguna finalidad, ninguna meta, al igual que los gavilanes en el aire; y ninguna dirección para correr, al igual que las nubes.

En el Mercado

El mercado es un amplio espacio cubierto. Desde las calles adyacentes atrae el ruido extraordinario que sale de él. Un ruido tremendo e imperceptible a la vez. Algo así como el charloteo de todos los espíritus del mundo, las voces de todos los fantasmas, dentro de esta oscuridad cubierta con enorme techo de hierro. Es un ruido como el de la lluvia o el de las palmas agitándose en el viento. El mercado lleno de indios, cariosos, de pies silenciosos, de voces acalladas y oprimidas, apretándose y empujándose en cantidades inmensas. Los raros murmullos silbantes del idioma zapoteca revueltos con las sonoridades del español, con las dulces y como apartadas voces de los mixtecos.

Vender o comprar, pero, sobre todo, comulgar. En la historia del mundo, los hombres han inventado dos excusas para acercarse y comulgar libremente, en turbas heterogéneas y sin sospechas. La religión y el mercado. Sólo

esto puede unir a los hombres sin necesidad de las armas, desde que el mundo es mundo. Una brazada de leña, una manta, unos cuantos huevos y tomates son suficientes a hombres, mujeres y niños para cruzar descalzos millas y millas de valles y montañas. Vender, comprar, regatear, cambiar. Cambiar, sobre todas las cosas—contacto humano.

Y débese a esto por lo que aman tanto el regateo, aunque la diferencia sólo sea un centavo. Alrededor del centro del mercado, en donde hay una pila de agua, se venden flores—rojas, amarillas y rosas, rosas en montones, claveles de variados colores, amapolas, espuelas de caballero, maravillas de color naranja o limón, capullos de azucenas blancas, pensamientos, ramilletes de no-me-olvides. A este mercado no llegan las maravillosas flores tropicales. Sólo las azucenas silvestres de las colinas y las rojas orquídeas de color malva.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

—¿Cuánto por este manojo de heliotropos?

—Quince centavos, señorita

—Diez.

—Quince.

Se dejan los heliotropos y sigue uno su camino. Pero la indita está satisfecha. El duelo, aunque de unos instantes, la ha enervado.

—¿Tienes claveles?

—¿Rojos, señorita? Treinta centavos

—No. No quiero rojos. Mezclados.

—Sí, señorita. La mujer escoge un puñado de claveles de todos colores y los ata cuidadosamente.

—Mire, señorita, ¡qué lindos! ¿Ponemos otros poquitos?

—No, así está bien. ¿Cuánto es?

—Lo mismo, señorita. Treinta centavos.

—Es muy caro.

—No, señorita, no es caro. Sólo este ramo vale ocho.—Y enseña un ramillete más pequeño.—Vaya, que sean veinticinco.

—No. Te doy veintidós.

—¡Mire, señorita!—Coge dos o tres flores más y las une en el ramillete.—Dos reales así

Así se regatea. Se aleja uno con los claveles. La mujer ha estado una vez más en contacto con un extraño, un verdadero extraño. Un constante cruzamiento de voces, una mezcla perenne de diversas voluntades. Es la vida. Los centavos, una excusa.

Las barracas de vendimias siguen hacia fuera, en líneas rectas; hacia la derecha vegetales relumbrantes; a la izquierda, pan y pastelillos. Al fondo, quesos, mantequillas, huevos, aves, carnes. En el otro extremo, las mantas regionales, las frazadas, rebozos, faldas, camisas, pañuelos. Más allá, los huaraches y artículos de cuero.

El vendedor de frazadas—sarapes—nos acecha y silba como si fuera un pájaro enloquecido, gritando: "Señor! Señor! Aquí, mire!" De pronto, extiende con violencia un sarape de colores deslumbrantes, mientras el vendedor de punto silba con más fuerza e insistencia para llamarnos así la atención y veamos su sarape. Diríase que aquello es una verdadera jaula de leones y tigres, aquel lugar de los vendedores de sarapes amontonados en el suelo. Se nieva uno con la cabeza y huye.

Pero para entrar a la hilera de los objetos de cuero.

—Señor! Señor! Aquí, señor! Huaraches finos! Mírelos qué bien hechos, señor!

El vendedor gordo salta y muestra un par de sandalias casi en nuestras narices. Fabricadas con tiras de cuero tejidas, a la última moda parisiense, aunque antiquísimas para estos indígenas. Los tomamos, mirándolos burlonamente; entretanto, la gorda mujer del huarachero nos repite: —Trabajo muy fino, señor. Muy fino. ¡Mire qué trabajo!

Por lo visto, los huaracheros parecen tener siempre sus mujeres al lado.

—¿Cuánto cuestan?

—Veinte reales.

—¡Veinte, Dios mío!—en una voz de sorpresa y de afligida indignación.

—¿Cuánto da usted?

Se niega uno a contestar, acercándose los huaraches a las narices. El hombre y su mujer se ríen con ganas.

—Huelen, decimos.

—No señor; ¡cómo van a oler!—y los dos se atacan de risa.

—Le digo que huelen. No es cuero americano.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Francisco García Calderón: <i>El Whilsonismo</i>	1.25
Ilias Erenburg: <i>El pan nuestro</i>	2.00
Gustavo Doré: <i>Vivian Christie</i> . (Novela).	4.50
Jorge Carrera Andrade: <i>Boletines de mar y tierra</i>	2.00
Felipe Villaverde: <i>Memorias del canciller Príncipe de Bülow</i>	7.00
Alvaro Alcalá-Galiano: <i>Entre dos mundos, seguido de un ensayo sobre la decadencia de Europa</i>	3.50
Mauro Fría Lagoni: <i>Concha Espina y sus críticos</i>	4.00
Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en Busca de nuestra expresión</i>	4.00
Manuel Ribeiro: <i>El desierto</i> . (Novela).	3.50
Elias Erenburg: <i>La callejuela de Moscú</i> . (Novela)	3.50
José Vasconcelos: <i>Tratado de Metafísica</i>	6.00
Zorrilla: <i>Tabaré</i> . (Pasta).	5.00
Andrés Nin: <i>Memorias del cura Gapon</i>	4.25
Pedro Emilio Coll: <i>La escondida senda</i>	2.00
B. Sanín Cano: <i>Indagaciones e imágenes</i>	2.50
Mariano Ibérico Rodríguez: <i>El nuevo absoluto</i>	3.25
Franz Tamayo: <i>Scherzos</i>	5.00
Pedro Emilio Coll: <i>El castillo de Elsinor. Palabras</i>	3.25
Fadeiev: <i>La derrota</i>	3.50
Froylán Turcios: <i>Cuentos del amor y de la muerte</i>	4.00
Constancio C. Vigil: <i>El erial</i>	5.00
Fernando González: <i>Mi compadre</i>	6.00
Pablo Antonio Cuadra: <i>Poemas nicaragüenses</i>	4.00
Salarrué: <i>Cuentos de barro</i>	5.00
Francisco Zamora: <i>El salario mínimo</i>	0.50
César Uribe Piedrahita: <i>Toá</i> . Narraciones de caucherías	4.50
Arturo R. de Carricarte: <i>La cubanidad negativa del Apóstol Martí</i>	1.50

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

—Sí, señor; es cuero americano. No huelen—y trata de persuadirnos de la veracidad de nuestro olfato.

—Vaya, que huelen.

—¿Cuánto da por ellos?

—Nada, porque huelen.

Y nuevamente olfateamos, como con asco, sin necesidad. Y a pesar de rehúsarnos a ofrecer, el hombre y la mujer vuelven a reírse de vernos hacer muecas.

Dejamos las sandalias en su lugar y meneamos la cabeza.

—¿Cuánto da usted, señor?

Meneamos nuevamente la cabeza, con pesar, y nos vamos. La pareja se mira y ríe otra vez de habernos visto oler los huaraches y decir que apestaban.

Efectivamente, apestan. Cada cosa tiene su olor propio, y los huaraches tienen el suyo muy peculiar. Pero difícilmente podríamos disgustarnos con una cebolla.

Multitud abigarrada de indios tranquilos, pacíficos, unos albeantes, y limpios, otros en harapos, enseñando la carne cobriza a través de los hilachos sucios.

Serranos en número considerable, con sus sombreros pequeños de negro fieltro cónico y ojos de mirar selvático. Y mientras se agolpan alrededor de las barracas de sombreros, por horas indecisas antes de atreverse a comprar el sombrero nuevo, sus cabellos brillan con resplandores azules y negros y caen tupidos sobre sus frentes, brillando como plumas azules y negras. Y viene el recuerdo del Buda peli-azul, con la flor del loto en el ombligo.

Pero ya las moscas andan hasta debajo de nuestros vestidos.

La venta dura todo el día. Los mesones del pueblo tienen inmensos y lúgubres patios con bajos cobertizos y pequeños cuartos alrededor. Algunas familias que han venido de muy lejos, pasan la noche en esos cuartuchos. Otros duermen sobre las piedras, a ras del suelo, a los lados del mercado, en cualquier parte. Y los burros, que han venido por cientos, invaden las cuerdas y patios de los mesones, y dejan caer sus largas orejas con la eterna paciencia de la bestia que sabe, mejor que nadie, que

GRANJA SAN ISIDRO

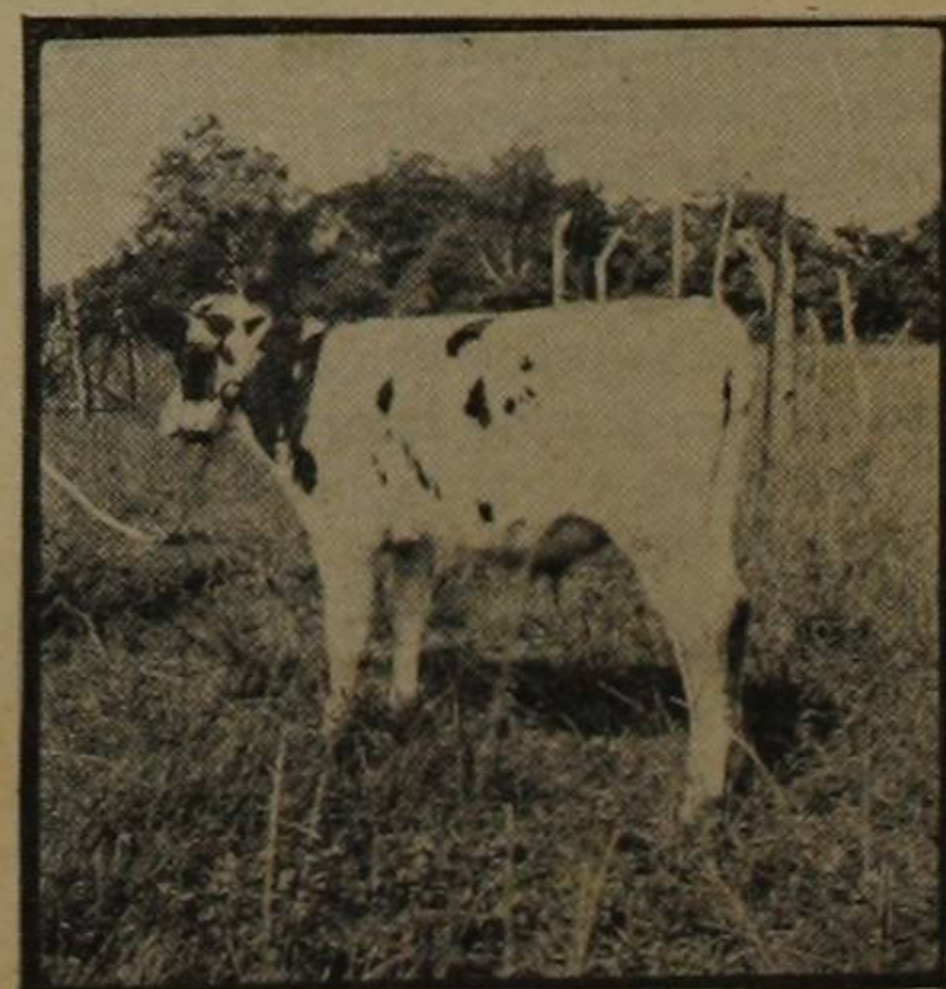
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Hijo de campeón de Kentucky, Sir Inca May, y una vaca importada, hija de la campeona de Estado de New York.

Inmune a la fiebre de garra-patas.

PRECIO: \$ 100 (U.S.A.)



TRIUNE VALENTINE INKA MAY

todos los caminos conducen al mismo lugar de descanso, y que esto o aquello nada significa.

Y al anochecer, el camino polvoso volverá a congestionarse con gente sombría y asnos descargados y mulas con nueva carga, todos presurosos, silenciosos otra vez por los campos, de espaldas al pueblo, contentos de salir de él, de ver los cactus y los montes, y los árboles, anunciadores de un poblacho o ranchería.

En cualquiera de éstos se dejarán caer bajo un árbol o una pared, y se quedarán dormidos. Al día siguiente, sin parar hasta sus casas.

Han realizado lo que querían en el mercado. Han vendido y comprado. Más que eso, han tenido sus minutos de contacto, de ese flujo centrípeta. Han formado parte de una gran corriente de hombres fluyendo todos hacia un centro, al vórtice de la plaza de un mercado. Y ahí han sentido la vida concentrarse en ellos, han rozado sus cuerpos con los cálidos y suaves cuerpos de hombres desconocidos de otros lugares, y las voces de éstos han temblado en sus oídos, han pedido y han sido contestados, en múltiples y extrañas maneras.

Aquí no hay meta, ni finalidad, ni lugar, ni descanso. Nada está fijo, ni siquiera las torres de la iglesia. Las torres de la iglesia que lentamente se inclinan, como si buscaran también el camino de regreso, al igual que los indígenas arrastrados hacia el vórtice del mercado. Y luego, como rechazadas por un brusco golpe, dobladas nuevamente en el espacio.

Nada, excepto la nota, la chispa del contacto. Eso, y nada más. Lo que es más evasivo, el único tesoro. Van y vienen, y aun la huella en sí.

Ciertamente, en el pañuelo dentro de la camisa, los cobres, los centavos anudados, quizá unos cuantos pesos de plata. Pero éstos desaparecerán también, así como las estrellas desaparecen al romper el día. Todo tiene que desaparecer. Todo camino emerge en un vórtice y se pierde, vuelve a parecer aliviado en cierto modo a través de las regiones abiertas, para ahí perderse nuevamente.

Sólo aquello que es en último grado intangible, es lo que importa. El contacto, la chispa del cambio. Aquello que nunca podrá afianzarse, siempre yendo, siempre viniendo, nunca aprensible—la chispa del contacto.

Como la estrella de la tarde, en aquel momento que no es de noche ni de día. Como la estrella vespertina, entre el sol y la luna, por ninguno de los dos atraída. El parpadeo intermedio, la estrella de la tarde, sólo visible al separarse el día de la noche, pero más hermosa que ellos.

CON la AGENCIA PAN AMÉRICA, en pleno centro de Buenos Aires, (Bolívar, 375), a 200 metros de la Universidad Nacional y del Colegio Nacional Central, y a un paso de las grandes librerías, Ud. puede conseguir semanalmente las nuevas ediciones del *Repertorio Americano*.

D. H. Lawrence

Lawrence vivió toda su vida en una transición. De ahí su genio atormentado e irascible: de ahí también sus iluminaciones exquisitas e insufribles como el contacto directo de un nervio.

Había dejado un mundo: el mundo de los "hechos" plurales. No se ilusionaba con el espectáculo detallado de las cosas aisladas que ofuscan al ojo humano. Sabía que este mundo de cosas, este mundo material y práctico del lugar común era falso; como que lo dejó por uno más verdadero. Pero nunca alcanzó del todo este otro mundo; el mundo de la unidad y de la totalidad, el mundo como ser orgánico, donde las cosas sólo son meros fuegos momentáneos. Estaba bastante cerca de tal mundo como para quedar lejos del otro; mas no estaba lo suficiente en este mundo verdadero como para aceptar el mundo de las "cosas" en el sentido transfigurado que las vuelve reales. Sin embargo, estaba bastante cerca para obtener la visión y el poder de iluminar las "cosas" que combatía, bastante cerca para crearlas como artista, pero no tan cerca del mundo verdadero para aceptarlas como iluminado.

Lawrence se ha esforzado siempre en alcanzar la totalidad: y siempre ha fracasado; y siempre ha estado violento y exacerbado por sus fracasos. Estos fracasos son su vida y son sus libros. Los personajes de sus novelas no son nunca del todo seres pertenecientes a uno u otro mundo: en sus libros su pasión de escritor nunca llega a iluminarlos enteramente como cuerpos orgánicos, ni a infundirles vida como creacio-

nes propias. Estaba bastante apartado de la ilusión de los "más" para rechazar a esos "más"; no era bastante completo ni bastante conciente del "uno" para hacer verdadero el "más".

A Lawrence le era extraño el ritmo moderado de las cosas que cumplen su misión inconscientemente dentro del Todo. Esta bendita connaturalización la había dejado para siempre. Nunca tuvo la paz del terruño que ignora la función que desempeña en la vida. Y no podía aceptar el terruño porque no estaba bien connaturalizado en la conciencia de la misma vida. El éxtasis de saberse parte del Todo nunca le fué muy natural; jamás lo asimiló al proceso del vivir. Por ese éxtasis, tenía que negar los aspectos moderados y razonables de la vida: tenía que buscar los momentos excepcionales. El éxtasis definitivo de saber que las muchas cosas del mundo son las imágenes comunes de la unidad vital nunca fué suyo.

Lawrence estaba preso en la transición. Y luchó con frenesí por incorporarse enteramente al mundo verdadero, cortando sus ligaduras con el otro, desintegrado, que lo retenía. De ahí su negación de mente y cultura, de ternura y piedad, de lo femenino en contraposición de la hembra. Estas fueron las cualidades que parecían retenerlo un poco en el mundo de la "mayoría" que sabía era falso. No fué bastante fuerte ni bastante lúcido para saber que su incapacidad para fusionar esas cualidades en un todo, más que sus virtudes intrínsecas, era lo que lo frustró y dividió.

Waldo Frank

Noticias de Libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

Señalamos:

Los cuentos proletarios de Antonio García: *Colombia S. A.* Por la casa editorial de Arturo Zapata en Manizales, Colombia.

La tierra de las nuñuyacas, por Carlos Wyld Ospina, 1933.

Otros cuentos del libro: La mala hembra, El manuscrito de Fernán Avellano, Los dos, Las palomas, La dura cerviz. Felipe Esquipulas.

Nahuyaca: serpiente de Alta Verapaz.

Galería de artistas mexicanos contemporáneos (2 cuadernos): Carlos Mérida y Rufino Tamayo. Prefacio en ambos, de Luis Cardoza y Aragón. Publicaciones del Palacio de Bellas Artes. México, D. F. 1934.

Con Luis Cardoza y Aragón: 13 Ave. Alvaro Obregón. México, D. F.

Esteban Pavletich: *El Mensaje de México*. Lima, 1934.

Epígrafe: «Me he hecho amplio para contener multitudes». *Walt Whitman*.

A la memoria intacta de José Carlos Mariátegui dedico.

Con el autor:

Apartado 37. Huánuco, Perú.

A. S. Pedreira: *Insularismo*. Madrid, 1934

Con el autor: San Juan de Puerto Rico.

¿Existe la personalidad nativa? ¿Qué somos y cómo somos colectivamente considerados? ¿Hay una manera inconfundible de ser puertorriqueño? ¿Cuáles son nuestras virtudes, nuestros defectos, nuestras taras?

La más aguda y penetrante interpretación de nuestra conciencia colectiva la hace el Dr. Antonio S. Pedreira en su nueva obra acabada de recibir de Madrid.

Insularismo es el esfuerzo más sagaz que existe hasta la fecha para definir a nuestro pueblo. Libro fuerte, doloroso y polémico, sinceramente nuestro. Ordénalo a Librería Campos, San Juan, P. R. Bazar Atocha, Ponce, P. R. \$ 1.00 U. S. A. ejemplar.

Julio J. Casal: *Colina de la Música*. Portada de Pastor. Biblioteca «Alfar». Montevideo, Uruguay.

Con el autor: Maldonado 2621. Montevideo, Uruguay.

Delos L. Canfield: *Spanish Literature in Mexican language as a source for the* (Pasa a la página siguiente.)

Retrato de Lawrence

(De una carta escrita por su amiga Dorothy Brett)

Por KATHERINE MANSFIELD

Lawrence es alto y delgado; pero tan cargado de hombros que parece bajo. Su cabeza resulta muy pesada para su cuerpo endeble y cuelga hacia adelante. Todo él da una impresión de extremada fragilidad. Sus movimientos son vivaces y seguros. Tiene el pelo enmarañado y ceniciento, cortado en diagonal sobre la frente, con jopo a la griega. Una barba intensamente rojiza, muy suave y sedosa contrasta con su cabellera. Grandes ojos grises, separados. Un semblante fino y alargado con un mentón desmesurado, defecto que corrige la barba. El labio inferior asoma en medio de la delicada selva de pelos rojos, tan rojos que dan un tinte rosado a la barba. En medio del rostro, una nariz corta y gruesa, casi vulgar y por cierto sin distinción. Así es él. ¿Lo ven ustedes?

Sin embargo, es absurdo hablar de Lawrence a aquellos que han leído sus libros, pues está por entero en ellos, como ningún otro escritor. "Hijos y Amantes" es una imagen perfectamente auténtica de su vida. Sus episodios, creo, son en absoluto, reales. La muerte de la madre casi lo mata a él mismo. Tenía un complejo de Edipo tan horrible que era necesario, me parece, que escribiera ese libro. Su mujer me ha contado que cuando pintaba la muerte de la madre tuvo que afrontar varias semanas verdaderamente terribles.

Pero supongo que ustedes prefieren que hable sobre todo del hombre. Lawrence es uno de los hombres más fascinadores que he conocido. La primera vez que lo ví hablé, casi sin interrupción, durante toda una tarde. Lo hace en seguida y espontáneamente si siente alguna simpatía de parte de los que lo escuchan. Habla tan brillantemente como escribe y con igual franqueza. ¿Habéis leído "Mujeres enamoradas"? Este libro es Lawrence; su verbo. Es la culminación de su filosofía. Emerge de él como un mensaje inspirado. Poco importa que disintáis con él o que no tengáis el gusto de su misticismo tan particular, os convencerá cuando os tenga a mano.

Pero la menor sospecha de crítica u hostilidad enfurece a Lawrence. Es soberbio en sus imprecaciones. Nunca he oído nada semejante. No perdona a nadie. Ha disputado con todo el mundo. Dice que no tiene un solo amigo con quien no se haya querellado. No obstante, he notado que esos mismos amigos se sienten felices de volver a él, lejos de todo temor al mismo tratamiento. Lawrence es en verdad un puritano; pero su inteligencia reacciona tan violentamente contra el puritanismo, que detesta, que acaba por destruirse a sí mismo. No puede expresar lo que



La tumba de D. H. Lawrence

En Vence, montañas arriba de Nice.

hay de maravillosamente tierno en su naturaleza y, sin embargo, es el ser más dulce y mejor del mundo. Los campesinos del pueblo de Cornualles, donde vivía, lo adoraban ciegamente. Veían en él a un nuevo Mesías que había venido a predicar un evangelio que no podían

comprender; pero en el cual tenían una fe infinita, sólo porque era él quien lo predicaba.

Lawrence vive como un obrero. Seguirá viviendo de igual modo cualquiera que sea su fortuna. Lo creo. Cuando fuí a verlo a Cornualles ocupaba con su mujer un pequeño cottage de piedra de tres habitaciones de una limpieza meticulosa, gracias, en gran parte, a Lawrence. Cocinaban en el fogón de su living room. He visto al mismo Lawrence lavarse la ropa, aunque habitualmente se la hacía lavar. El dinero no tiene para él ninguna significación. Es muy frugal, de una parsimonia propia de su origen humilde y capaz de compartir cuanto posee sin vacilación.

La casita limpia y llena de sol de Cornualles era de una hermosa sencillez.

Su mujer, una alemana, grande y rosada, como hija de un militar prusiano, no conocía desde su infancia más que el lujo. Es todavía muy poco práctica y lo poco que sabe del manejo de una casa se lo debe a Lawrence. Su naturaleza es expansiva como la de un niño. Muy animada y optimista, sólo vive de sus emociones. La historia de su vida amorosa está contenida por entero en el poema *Look, We have come Through*. Ella es toda luz y sol, mientras que Lawrence es sombrío; parece sobrellevar un enorme peso. Rara vez está verdaderamente contento. Es, en verdad, el sombrío anglo-sajón que él odia tan amargamente.

Después de todo, es en sus libros donde se le conoce mejor, pues escribe todo lo que no puede decir. Y Dios sabe todo lo que dice. Pero su tumulto interior lo consume. Es de una constitución física muy delicada. Afirma que se siente completamente bien cuando es feliz. Se dice que tiene afectados los pulmones, pero los médicos nada han encontrado desde su infancia. Creo que sus pulmones sufrieron cuando era un niño; pero parece haberse curado.

Sin cesar llegan peregrinaciones hacia él. Aunque las detesta, se muestra de una extremada dulzura con sus visitantes. Su capacidad de observación es increíble. Cuando uno se encuentra con él siente que no hay rincón de su pensamiento que Lawrence no lo penetre; lo comprende y perdona todo. Y él mismo se pone en descubierto con la mayor franqueza. Es incapaz de reprimir un cambio de humor o un impulso. Es menester que salgan a torrentes.

No puede vivir en las grandes ciudades. La agitación lo mata. Su atención es constantemente distraída. La guerra fué para él un acontecimiento terrible ante el que reaccionó con tal intensidad que estuvo a punto de morir.

Noticia de Libros

(Viene de la página anterior.)

study of spanish pronunciation. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York. 1934.

Arturo Mejía Nieto, *El prófugo de sí mismo*. Editorial Tor. Buenos Aires. 1934.

Carlos Préndez Saldías: *Alamos nuevos*. Imp. Nascimento. 1934. Santiago de Chile.

Con el autor: Casilla 2829. Santiago de Chile.

Amanda Labarca H.: *¿A dónde va la mujer?* Ediciones Extra. Santiago de Chile.

Con la autora: Casilla 9. Santiago de Chile.

José de la Cuadra: *12 siluetas*. (Escritores y artistas ecuatorianos). Quito, Ecuador. 1934. Editorial América. Dibujos de Víctor Mideros, Carmelo Palacios, Germania Paz y Muñoz, D. Aguilera Malta.

Carlos B. Quiroga: *Cerro Nativo*. (I. El hombre y la naturaleza. Espíritu de la región). 3ra. edición definitivamente corregida por el autor. Buenos Aires. 1934.

Jorge Icaza: *Huasipungo* (Novela) Quito, Ecuador.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, pue de Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, a la EDITORIAL PAN AMERICANA. (Bolívar, 375).